LA LEONA DE CASTILLA

S
V.71271k

FRANCISCO VILLAESPESA

LA LEONA DE CASTILLA

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO

Estrenado en el Teatro Romea de Murcia
el 24 de Noviembre de 1915.

155877
1/9/20

BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4.—MADRID

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Imp. de V. Rico. — Paseo del Prado, 28. — MADRID

DEDICATORIA

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/laleonadecastill00vill

A Fernando Díaz de Mendoza y Guerrero, como recuerdo de su primer triunfo escénico.

VILLLAESPESA.

REPARTO

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
María de Pacheco	Sra.	Guerrero.
Don Pedro Pérez de Guzmán	Sr.	Díaz de Mendoza (F.)
Don Juan de Padilla	»	Díaz de Mendoza y Guerrero (F.)
El Arcediano	»	Codina.
Sosa	»	Juste.
Lope de Sanabria	»	Cirera.
Marqués de Villena	»	Guerrero.
Ramiro	»	Vargas.
Ludovico de Chavres	»	Medrano.
Un Ballestero	»	Urquijo.
Don Sancho	»	Dafauce.
Don García	»	Urquijo.

Damas, pajes, escuderos, séquitos de imperiales, comuneros, gentes de armas, nobles, pueblo, etc.

ACTO PRIMERO

Salón del homenaje en una vieja fortaleza de Toledo. A la izquierda, en primer término, una gran puerta, y en el segundo, otra más pequeña. A la derecha, un Cristo de talla en una hornacina, iluminado por dos lámparas de plata. En el último término, un ventanal gótico. Entre el Cristo y el ventanal, un sitial tallado, cuyo alto respaldo se recurva en forma de baldequino.

Al fondo, un enorme arco que da a la explanada de las almenas; y a ambos lados, en el pequeño espacio que queda de muro, dos antiguos retratos de caballeros armados de punta en blanco, en cuyos mantos se destaca la cruz roja de Santiago.

Arcones, escabeles, sillones corales. Viejos tapices penden de los fuertes muros, y una cornisa de nogal tallado, con relieves dorados de follajes y flores, sostiene la amplia bóveda artesonada.

Por el hueco del arco del fondo se ven las almenas, y allá a lo lejos, el agreste panorama de los montes de Toledo.

Es media tarde. Un sol primaveral parece envolverlo todo en su gloria de oro.

ESCENA PRIMERA

DOÑA MARÍA DE PACHECO y el MARQUÉS DE VILLENA

Conversando cerca de la primera puerta de la izquierda. El Ballestero, con la ballesta al hombro, vigilante, en las almenas del fondo.

DOÑA MARÍA

Respondiendo al ceremonioso saludo del Marqués.

¡Señor Marqués de Villena!

VILLENA

¡Noble sobrina!...

DOÑA MARÍA

¿A qué debo
que vuestra presencia honre
esta torre de Toledo?
¿Qué buscáis en mi morada?

VILLENA

Sobrina, la paz del reino,
perturbada por los bandos
de esos locos comuneros,

que rebeldes a su rey
estas tierras han revuelto
con motines y algaradas,
más propias de bandoleros
que de nobles fijosdalgos...

DOÑA MARÍA

Atajándole con severidad.

¡Hablad de ellos con respeto,
que al combate les conduce
Juan de Padilla, mi dueño;
y si a su rey son traidores,
son leales a su pueblo!

VILLENA

Contrariado.

¡Comprendo, doña María,
que no vamos a entendernos
cuando comenzáis hablando
un lenguaje tan soberbio!

Pequeña pausa. Se acerca a ella cambiando de tono, con la voz insinuante.

¡Pensad que soy sangre vuestra,
y en vuestro provecho vengo!

DOÑA MARÍA

Y ¿qué queréis?

VILLENA

Vos podéis
poner a estas luchas término
devolviéndole a Castilla
la paz que perdió hace tiempo.

DOÑA MARÍA

Mas, ¿cómo? Decid, Villena...

VILLENA

¿Cómo ha ser?... ¡Persuadiendo
a vuestro esposo a que deje
los peligros de ese puesto,
que sólo han de conducirle
al cadalso o al destierro!
¡Que se depongan las armas!
Mas vos, antes, dad ejemplo,
entregando al Rey las llaves
de la ciudad de Toledo,
que rendida la cabeza
ya se irá rindiendo el resto!

DOÑA MARÍA

Sin poder refrenar su indignación.

¿Y cómo vos, un Villena,

la mejor sangre del reino,
tal infamia me aconseja?

Villena va a hablar.

¡Callad, que escuchar no quiero
de labios que son tan nobles
tan infamantes consejos!
¿Queréis que la paz renazca?
Pues aconsejad primero
a Carlos, que de Castilla
cumpla y respete los fueros,
pues mientras no los respete
por Rey no lo acataremos!

VILLENA

¡Pensando así, a la ruina
de Castilla vais derechos!

DOÑA MARÍA

Con altivez.

¡Antes que vivir esclavos,
Marqués, libres moriremos!

Pequeña pausa.

VILLENA

Persuasivo.

Será inútil sacrificio...
¿Qué conseguiréis con eso?

¡Que se derrame más sangre
cuando tan poca tenemos!
¡Que haya más campos estériles
teniendo ya tantos yermos!
Escuchad. Cercada estáis
por el más brillante ejército
que en sus límpidos cristales
las aguas del Tajo vieron.
No esperéis ningún socorro,
que nadie puede traéroslo;
y será más duro el trato
cuanto dure más el cerco.
Recibid al Emisario
de Adriano con respeto,
y la ciudad entregadle;
que si la entregáis, prometo
que habrá perdón para todos
y se olvidarán los yerros...
Y si precisáis rehenes,
yo mismo en rehén me ofrezco!

DOÑA MARÍA

Con firmeza.

¡No atiendo vuestras razones,
que nosotros no queremos
más perdón ni más rehenes
que nuestros antiguos fueros!
¡Y en tanto no queden salvos,
no se rendirá Toledo!

VILLENA

¡Sois firme!

DOÑA MARÍA

¡Soy castellana!
Y lo mismo que el acero
que en nuestras forjas se templa,
ni me curvo, ni me quiebro!

VILLENA

Disponiéndose a salir

¡Reflexionad lo que os digo!
Yo al campo imperial regreso.
Vendré con los emisarios,
y para entonces, espero,
que después de meditados
atenderéis mis consejos.

Saluda cortesmente.

¡Que el Señor os ilumine!

DOÑA MARÍA

Acompañándole hasta la primera puerta de la izquierda.

¡Que a vos os alumbre el cielo!

Salen mientras aparecen por la explanada don Juan de Padilla y Lope de Sanabria

ESCENA II

DON JUAN DE PADILLA y LOPE DE SANABRIA

Se detienen cautelosamente en el centro de la escena, como espiando la salida de doña María.

DON JUAN

Con volubilidad infantil.

Ya se fué mi madre.
Hasta la escalera
acompaña al noble
Marqués de Villena.
¡Ven acá, buen Lope,
que antes que ella vuelva
tengo que decirte
algo en voz muy queda!

Bajando la voz con malicia infantil.

¿Cómo anda la bolsa?

LOPE

Mostrándola.

Como siempre: vedla.
Desde que Castilla
se tornó flamenca,
al Rey no conozco
ni por la moneda.

DON JUAN

Te daré, buen Lope,
un doblón, si dejas
que al potro morcillo
monte a la jineta,
y quiebre una lanza
en la Plaza nueva.
¡Verás con qué garbo
le corro la espuela!
¡Cómo se encabrita,
cómo corvetea,
y lo paro en firme,
e inmóvil se queda,
igual que esos nobles
corceles de piedra
que ornan los sepulcros
de la Santa Iglesia!
¡Tengo ya unas ganas
que mi padre vuelva,
para ver, si viéndome
cabalgar, me lleva
con lanza y escudo,
con él, a la guerra!
¿Dejarás que monte?
¿Aceptas mi oferta?

LOPE

Mas si vuestra madre
de aquesto se entera,
hará que me empalen...
¡Cabalgar no os deja!

DON JUAN

Mi madre ha creído
que yo soy de cera
y voy a fundirme
si la luz me besa!

Volviéndose de nuevo a Lope, en voz baja y suplicante.

¿Harás lo que pido?

LOPE

¡Venga la moneda,
y en el patio aguardo!

Don Juan saca un doblón de la escarcela y se lo entrega a Lope, el cual con desconfianza observa y suena la moneda.

DON JUAN

Mas ¿por qué la suenas?

LOPE

Con socarronería.

¡No vaya a ser falsa,
pues siendo flamenca!...

Reparando en la presencia de doña María en la puerta primera de la izquierda.

¡Callad!... Vuestra madre
hacia aquí se acerca.

Besa cómicamente la moneda, y alzándola entre el pulgar y el índice sobre su frente, la esconde después a hurtadillas.

¡Sálveos Dios,
ducado de dos,
que Monsiur de Chavres
no topó con vos!

Intenta escapar por el fondo.

ESCENA III

DICHOS, Y DOÑA MARÍA DE PADILLA

Que penetra por la izquierda.

DOÑA MARÍA

Lope, avísale a las damas.

Lope sale por el foro.

DON JUAN

Corriendo al encuentro de su madre.

¡Dios os guarde, madre mía!

DOÑA MARÍA

¿Dónde habéis estado, hijo?

DON JUAN

De oración en la capilla,
pidiéndole a Dios el triunfo
de las armas de Castilla.

Viendo aparecer por la explanada a las damas.

Aquí se acercan las damas.

Las damas se inclinan ante doña María, y permanecen inmóviles, agrupadas, bajo el arco del centro, como esperando órdenes.

DOÑA MARÍA

Preparad vendas e hilas.

Las damas extraen de los grandes arcones lienzos y telas, y se disponen a empezar la tarea, sentadas en escabeles, y formando dos grupos animados a ambos lados del arco central.

Doña María de Pacheco, en el sillón señorial, comienza a deshilar un rico velo de seda, mientras don Juan de Padilla la contempla tiernamente, postrado a sus plantas, en un pequeño escabel, cubierto de ricos cojines. Por la explanada del fondo pasea, vigilante, con el arma al hombro, el Ballestero.

ESCENA IV

DOÑA MARÍA DE PACHECO, DON JUAN DE PADILLA, DAMAS y el BALLESTERO

Pequeña pausa, durante la cual sólo se oye el crujir de la seda entre los dedos femeniles.

DON JUAN

Rompiendo impetuosamente el silencio.

¿Por qué, por qué madre mía,
ante el altar del San Pedro,
con las armas de mi padre
no me armásteis caballero,
para lidiar por Castilla
con las huestes de Toledo?
Al son de las roncas trompas
todos a la lid partieron,
mientras que yo, en este estrado,
con vuestras damas me quedo,
para sostener un huso
o abrir un libro de rezos,
cuando mejor sostuviera
en el combate, un acero!
¡Dejadme, madre, que parta
donde me impulsa mi anhelo:
a triunfar por nuestras leyes

o morir por nuestros fueros,
que los que son bien nacidos
sólo viven combatiendo!

DOÑA MARÍA

Mirando con orgullo maternal a su hijo, y acariciándole la revuelta melena.

¡Modera tus fieros ímpetus,
que para todo habrá tiempo!
Cachorrico de león,
las garras aún no os crecieron,
¡y ya rujís de impaciencia
porque os deje, libre y suelto,
sacudir vuestras melenas
en las luchas del desierto!
¡Aguilucho que aún no tiene
alas firmes para el vuelo,
debe vivir en el nido
bajo el amparo materno!

DON JUAN

Lastimado por las palabras de su madre.

¿Pensáis que valor me falta?

DOÑA MARÍA

Rapaz, ¿cómo he de creerlo
siendo sangre de Padilla

y a más mi sangre teniendo,
que es cual tener en las venas
en lugar de sangre, fuego?
¡Cómo he de pensar que pueda
conocer siquiera el miedo,
quien se nutrió en mis entrañas
y se alimentó en mi seno!

Dulcificando la voz, en un arran que de ternura.

¡Pero aún el bozo, hijo mío,
sobre tus labios no ha puesto
las sombras de la naciente
virilidad de su vello!

DON JUAN

Alzándose fieramente.

¡Porque imberbe me veáis
no os moféis de mi denuedo,
que si tengo imberbe el labio
tengo ya barbado el pecho!

DOÑA MARÍA

Atrayéndole de nuevo a su lado.

¡Cuando en estas duras guerras
que esforzados sostenemos
no queden hombres que lidien
por la libertad del reino,
entonces, antes que uncirnos
al yugo del extranjero,

los niños y las mujeres
por Castilla moriremos!
Y yo seré la primera,
cuando llegue ese momento,
que ciña a tu sien el casco
y entregue a tu mano el hierro,
que antes que tu vida, es
la libertad de tu pueblo!
Mas en tanto que tu padre
y sus bravos comuneros,
se arman, combaten y triunfan
por nuestros gloriosos fueros,

Abrazándole con ternura con la voz trémula de lágrimas.

¡para qué exponer tu vida,
si sabes que si la pierdo
habrán perdido mis ojos
todas las luces del cielo!

Permanecen un instante abrazados. De súbito resuena, bajo las almenas, el clamor de las trompas de guerra. Todos atienden al estruendo cada vez más cercano.

¿Pero qué algazara es esa?

El Ballestero se inclina a mirar desde las almenas.

BALLESTERO

En voz alta.

En la falda de ese cerro,

junto a la margen del río
escaramuzan los nuestros.

Don Juan se desprende de los brazos maternos y corre a las almenas. En todas las manos queda suspensa la labor.

DON JUAN

Desde las almenas.

Contemplad, señora madre,
aquel gentil caballero,
que a los nuestros arremete
cabalgando un potro negro
y armado de punta en blanco
como si fuese a un torneo.

Doña María de Pacheco se acerca a las almenas, y apoyada en la columna del arco central, contempla el campo. Las damas abandonan su tarea, y también, bajo el arco, siguen ansiosamente las peripecias del combate.

¡Mirad, con qué bizarría,
con qué juvenil denuedo,
al empuje de su brazo
se abre paso entre los nuestros!
La visera echada trae;
penacho azul sobre el yelmo,
armiños sobre el escudo
y una banda roja al pecho!

Pequeña pausa. La ansiedad aumenta.

Nuestras gentes retroceden
—¡cobardes!—hacia Toledo,

pues cada golpe de lanza
un hombre derriba al suelo!
Todos huyen a su paso...

Dando un grito terrible y cubriéndose el rostro con las manos.

¡Maldición!... ¡El caballero
les ha quitado el glorioso
pendón de los comuneros,
y con él torna a su campo
flotando su gloria al viento!

Viendo al Ballestero inmóvil con la ballesta al hombro, y arrebatándosela con fiereza.

¿Para qué sirve en tus manos
la ballesta, Ballestero?

La tiende en un gesto heroico, entre el hueco de las almenas, disponiéndose a disparar.

DOÑA MARÍA

Corriendo a su lado.

¿Qué haces, hijo?

DON JUAN

Sin oir la voz materna, gritándole al caballero.

¡Por Castilla!
¡Por Castilla y por sus fueros!

Dispara la ballesta. Momento de ansiedad, en el que sólo se escucha el palpitar de todos los corazones. Don Juan se vuelve a su madre con el rostro desencajado y los ojos llameantes de furor.

¡La ballesta no hizo blanco;
y a los pies del caballero,
estremecida de rabia,
clavada quedó en el suelo!
¡Malhayan la suerte mía
y el débil brazo que tengo!

Vuelve a observar arrojando violentamente la ballesta.

¡Al caballero ve, madre!
¡Su potro ha parado en seco,
y alzándose en los estribos,
aquí mira en son de reto,
igual que si se mofara
de mis brazos inexpertos!

Golpeándose fieramente las sienes.

¡Malhaya quien erró el golpe!

DOÑA MARÍA

Toma la ballesta y se vuelve al Ballestero.

¡Verás como yo no yerro!
¡Presto, presto, otra ballesta!

El Ballestero se la da. Doña María apoya el arma en el hueco de las almenas gritando con voz de trueno.

¡Por Padilla y por Toledo!

Todos se agolpan al disparo, y un grito de júbilo los estremece.

DON JUAN

Como un ébrio.

¡Bravo golpe!... ¡La ballesta
se le ha clavado en el pecho,
y del arzón se desploma,
mal herido, el caballero!

Volviéndose hacia su madre y cubriéndole las manos de besos.

¡Benditas, madre, esas manos
que prodigio tal hicieron!

Se vuelve de nuevo a las almenas.

Los nuestros tornan... Lo alzan,
y entre cuatro, prisionero,
por la puerta de esta torre
lo conducen a Toledo.

DOÑA MARÍA

Al Ballestero.

Que le suban a esta estancia
mis gentes, sin perder tiempo,
que aquí curarán mis manos
la misma herida que abrieron.

Sale el Ballestero por la explanada.

¡Doncellas de mi linaje,
en el más rico aposento
de este alcázar soberano
id y preparad su lecho!..
Para vendar sus heridas
rasgad vuestros propios velos,
que honor que hacemos a un huesped
nos lo centuplica el cielo!

Las damas se marchan por la segunda puerta de la izquierda. Doña María se aproxima al Cristo de la hornacina y le besa piadosamente las llagas de las plantas.

ESCENA V

Todos menos EL BALLESTERO

DON JUAN

Acercándose a su madre.

¡Bendita seáis, madre,
pues gracias a vuestro esfuerzo
los imperiales no hollaron
la bandera de Toledo!

DOÑA MARÍA

¡Id hijo, que de mi sangre
sois el único renuevo,
a ofrecer al enemigo

rendido, vuestros respetos!
Y que todas nuestras gentes,
damas, pajes y escuderos,
le rindan sus homenajes,
que aunque es nuestro prisionero,
por su valor bien merece
honores y acatamientos!

DON JUAN

¡Descuidad, señora madre,
que recibidle sabremos
y honrarle como merecen
su nobleza y su denuedo,
pues los que llevan mi nombre
siempre son y siempre fueron
con el vencido, corteses,
con el vencedor, soberbios!

Se inclina, y besando gentilmente las manos de su madre, sale por la primera puerta de la izquierda.

ESCENA VI

DOÑA MARÍA, sola.

DOÑA MARÍA

Clavando los ojos en el Cristo de la hornacina.

¡Gracias!... ¡Toda mi existencia,
Señor, desde este momento

como víctima expiatoria
la sacrifico a mi pueblo!
¡Señor, Señor, no abandones
a esta raza de leones
que por todas partes fué,
en vos fija la mirada,
difundiendo vuestra fe
y esparciendo vuestra luz,
en una mano la espada
y en la otra mano, la cruz!
¡Castilla, matrona huraña
que ante nadie se ha rendido,
que eres como regio nido
de aguiluchos, escondido
en el corazón de España!
¡Castilla, madre Castilla,
tierra de orgullo y fiereza;
indomable fortaleza
con fervores de capilla,
donde el pueblo, mientras reza,
de tu santo altar, al pie,
afila la espada que
en su ambicionar profundo
quiere conquistar el mundo
para imponerle su fe;
y para que desplegado
ondule sobre la tierra,
por los vientos agitado,
el crepúsculo morado
de tu estandarte de guerra!..
¡Presta a los hijos, Señor,
de los padres el vigor,
para poder defender

la libertad de Castilla!
Y si vencida se humilla
¡dale a esta débil mujer
fortaleza en su sufrir
para poderla vengar!..
¡Alientos para matar
o valor para morir!

Aparece en la primera puerta de la izquierda don Juan de Padilla, seguido de pajes y escuderos que sostienen a don Pedro de Guzmán.

ESCENA VII

DOÑA MARÍA DE PACHECO, DON JUAN DE PADILLA, DON PEDRO PÉREZ DE GUZMÁN, BALLESTEROS, PAJES Y ESCUDEROS

DON JUAN

A su madre.

¡Aquí tenéis al herido!

Penetra don Pedro Pérez de Guzmán, sostenido por cuatro escuderos, con el manto y el peto ensangrentados. Un paje le conduce el yelmo y el escudo.

DON PEDRO

Al ver a doña María se desprende de los que le sostienen, y haciendo un violento esfuerzo se inclina ante ella.

Al rendirme prisionero,

rendir, señora, he querido
a vuestras plantas mi acero;
porque sólo ¡vive Dios!
rendir pudiera su brío
un acero como el mío
a una dama como vos!..

Le rinde penosa y cortesmente la espada.

DOÑA MARÍA

Levantando la espada.

¡Galán que con tal bravura
combatió en esta jornada,
bien merece que la espada
le ciña yo a la cintura!

Se la devuelve. Reparando de pronto en la palidez del herido, y como pesarosa de su olvido.

Mas vuestra herida...

DON PEDRO

Derecho
el astil, señora, fué
a clavárseme en el pecho!..
Y no es extraño, porque
queriendo en su compasión
dar fin a mis agonías,
todas las heridas mías
van buscando el corazón!

DOÑA MARÍA

Vuestro nombre...

DON PEDRO

Condolido, con la voz desfallecciente.

¡Vano afán!
¿Tan duro cambio he sufrido
que no habéis reconocido
a don Pedro de Guzmán?

Alza la frente y contempla con fijeza a doña María.

DOÑA MARÍA

Profundamente conmovida por la sorpresa.

¡Cómo imaginar que a veros
fuera así, quien desde aquesta
torre, con una ballesta
os hirió sin conoceros!

DON PEDRO

Haciendo un esfuerzo inaudito para sostenerse de pie, como si las fuerzas le abandonaran por momentos.

¿Cómo dudar ¡ay de mí!
que calada la visera

mi rostro desconociera
quien no me conoce así?..
Y en mi desesperación
¡cómo he de extrañar que fuese
vuestro dardo el que me hiriese
tan cerca del corazón,
si siempre, desde los días
de nuestra niñez, lejanos,
todas las heridas mías
las abrieron vuestras manos!

Se desploma desmayado sobre un sitial. Los pajes y los escuderos acuden a sostenerle.

DOÑA MARÍA

A los suyos, indicándoles la segunda puerta de la izquierda.

¡Presto, mis gentes, llevadle
a la cámara de honor;
curad su herida y tratadle
igual que a vuestro señor!

Los pajes y los escuderos se llevan al herido por la segunda puerta de la izquierda. Doña María permanece un instante apoyada en el brazal del sillón señorial, ensimismada y triste, como si un amargo presentimiento entenebreciera su alma.

ESCENA VIII

DOÑA MARÍA DE PACHECO y DON JUAN DE PADILLA

DON JUAN

Acercándose a su madre.

¿Le conocéis?

DOÑA MARÍA

¡Desde niños!
Juntos, como dos hermanos,
en los encantados cármenes
de la Alhambra nos criamos.

DON JUAN

Conmovido por la tristeza de la voz materna, la estrecha entre sus brazos.

Mas ¿qué os pasa, madre mía?
¿Por qué tembláis en mis brazos?

Alza cariñosamente la frente de su madre, y le contempla los ojos, bañados en llanto.

Pero ¿qué tenéis?... Decidme
¿qué pena os causa ese llanto

que de vuestros ojos rueda
hasta escaldarme los labios?

La besa los ojos. Doña María se alza como agobiada por un presagio funesto.

DOÑA MARÍA

Lentamente.

Pienso en todos los peligros
de los que están guerreando;
en que en las sombras, la Muerte,
afila y lanza sus dardos,
y alguno alcanzar pudiera
a tu padre...

DON JUAN

Sin cuidados
por mi padre estad, señora,
que el hierro mejor templado
y más firme, de pavura
saltará, roto en pedazos,
antes de herir, madre mía,
un corazón tan bizarro!

DOÑA MARÍA

Mas si vencido cáyese...

DON JUAN

Con fiereza.

¿Vencido decís?... ¡Calláos,
que el suponerle vencido
es tanto como ultrajarlo,
pues siempre fué la victoria
cautiva de su caballo!
Y en Medina, en Talavera
sus férreos cascos hollaron
de las huestes imperiales
el pendón ensangrentado.

DOÑA MARÍA

Nadie en la suerte confíe,
porque el destino voltario,
más pronto abate y derrumba
lo que levantó más alto.

DON JUAN

¡Pues cíñeme una armadura,
pon un acero en mi mano,
que si él peligra en la liza,
yo quiero estar a su lado,
para si triunfa, abrazarle,
y si es vencido, vengarlo!

Volviendo a abrazar a su madre.

Mas, enjugad esas lágrimas,
que al contemplaros llorando,

¡vive Dios! que a mis pupilas
se agolpa también el llanto.

DOÑA MARÍA

¡Al cielo gracias le doy
porque, piadoso, me ha dado
un hijo que honra a su padre
con valer su padre tanto!

Quedan un momento abrazados.

ESCENA IX

DICHOS Y LOPE DE SANABRIA

LOPE

Desde la primera puerta de la izquierda.

Vuestro asentimiento esperan
para entrar los enviados
que del campo imperial manda
el Cardenal Adriano.

DOÑA MARÍA

Procurando dominar su emoción.

Condúcelos a esta estancia...

Lope se inclina y sale. Doña María se esfuerza en ocultar las huellas de su emoción.

¡Ánimo, corazón, ánimo!
¡Altivez, alza la frente!
¡Orgullo, seca mi llanto,
que a las damas que Castilla
sangre y fortaleza ha dado,
no deben mirarlas nunca
sus enemigos llorando!

Se rehace y queda al lado de su hijo, junto al sillón señorial, con la actitud de una reina que va a recibir un homenaje. Por la puerta primera de la izquierda, precedidos de Lope y dos escuderos, aparecen los legados imperiales, Ludovico de Chevres y el Marqués de Villena, seguidos de su séquito. Los soldados de Toledo ocupan el fondo de la escena. Los imperiales traen cruces blancas sobre los mantos, y los comuneros una cruz roja al pecho. Ludovico de Chevres vestirá un rico traje a la moda flamenca, que realzará sobre el pecho el Collar del Toisón de Oro.

ESCENA X

DICHOS: LUDOVICO DE CHEVRES, EL MARQUÉS DE VILLENA, SÉQUITO DE IMPERIALES, PAJES. ESCUDEROS y GENTE DE ARMAS

LUDOVICO

Avanzando altaneramente y haciendo una pequeña inclinación ante doña María.

¡En nombre del Cardenal
Adriano, mi señor,

que es por el Emperador,
Gobernador general
de estos reinos, os concedo
gracia, si antes de tres días
cesáis vuestras rebeldías
y nos entregáis Toledo!

DOÑA MARÍA

Rompiendo con acento seguro la expectación general.

Vuestra intimación es vana
y es vano vuestro rigor,
que en la tierra Castellana
no manda el Emperador.
En este pueblo leal
nadie acatará su ley.

LUDOVICO

¡También de Castilla es Rey
quien ciña el manto imperial!

DOÑA MARÍA

¡Mas, para los comuneros
que, con su soberbia humilla,
no es Monarca de Castilla
quien no respeta sus fueros;
porque aquí no toleramos

que los reyes nos den leyes,
sino que acatan los reyes
las que nosotros les damos!

VILLENA

Le juramos nuestro Rey
en las Cortes...

DOÑA MARÍA

Y él juró
también cumplir nuestra ley.
¡Y ved cómo la cumplió!
¡Dando en este reino entrada,
contra todos nuestros fueros,
a esa Corte desalmada
de ambiciosos extranjeros,
que como botín de guerra,
nuestro honor escarneciendo,
aún se siguen repartiendo
las riquezas de esta tierra!
Y no tan sólo el Monarca
nuestra libertad destruye,
sino que en Coruña embarca,
como pirata que huye
en las sombras del misterio
para ocultar su tesoro,
¡a comprar con nuestro oro
la púrpura del Imperio!

Volviéndose a Villena.

¿Quién habló de juramentos?
¡Si él al viento lanzó el suyo,
también nuestro fiero orgullo
el suyo lanza a los vientos!
¡Y hoy este pueblo bravío
no acata más que a su ley,
pues viendo el trono vacío
a sí mismo se ungió Rey!
Vuestro perdón rechazamos,
que a nuestras leyes, leales
nuestras vidas ajustamos.
¡Volved con los imperiales;
y decid que esta ciudad
dispuesta está a perecer
primero que esclava ver
de nuevo su libertad;
porque antes de sufrir
las afrentas de un tirano,
sabe el pueblo castellano,
honrado y libre morir!

Un murmullo de aprobación recorre las filas de los comuneros. Doña María de Pacheco les impone silencio con un noble gesto.

LUDOVICO

Con insolencia.

¡Pagaréis vuestra imprudencia!
¡Y puesto que no queréis
rendiros, del Rey, clemencia,
toledanos, no esperéis!
¡Despreciásteis su piedad;

y ahora, del Emperador
el justiciero rigor
llorará vuestra ciudad!
Su mensaje habéis oído;
y os declaro, en nombre de él,
que a nadie dará cuartel.

DOÑA MARÍA

Fieramente.

Y ¿quién cuartel ha pedido?

Se oye un rumor confuso del pueblo que se acerca. Los imperiales echan mano a sus espadas. Todos los rostros reflejan la más profunda ansiedad.

VILLENA

Mas ¿qué pasa?

DOÑA MARÍA

Esos rumores...

DON JUAN

Asomándose al ventanal.

Aullando, de rabia ciega
la plebe al alcázar llega,
dando al aire sus clamores.

Y entre todos, el primero,
traspasado de dolor,
viene Sosa, el escudero
de mi padre y tu señor.

Todos se vuelven hacia la explanada de las almenas por donde se acerca el tumulto. Por el arco del fondo, penetra Sosa, pálido, polvoroso y jadeante, seguido de hombres y mujeres que gritan y gesticulan. Los Ballesteros detienen a la plebe bajo el arco central.

ESCENA XI

DICHOS, SOSA y GENTE DEL PUEBLO

SOSA

Cayendo de rodillas a los pies de doña María.

¡Señora, temblad de espanto!

Todos le cercan.

DOÑA MARÍA

Di ¿qué pasa?... ¡Habla por Dios!

SOSA

Estallando en sollozos.

¡Ved cómo corre mi llanto!
¡Comprended el resto vos!

DOÑA MARÍA

Dando un grito supremo de ansiedad.

¡Mi esposo!... ¿Qué ha sucedido?

Sosa no se atreve a hablar. Doña María se levanta, sacudiéndole fuertemente por el brazo.

¡Lengua de plomo! ¿hablarás?

SOSA

Balbuciente de emoción.

¡En Villalar ha caído
para no alzarse jamás!

Un grito de dolor estremece las filas de los comuneros.

DOÑA MARÍA

¡Ha muerto!

Doña María rompe en sollozos, vacila y se abraza estrechamente a su hijo.

¡Pobre hijo mío!

DON JUAN

Severamente, señalando a los imperiales que habrán permanecido agrupados en actitud expectante, cerca de la puerta primera de la izquierda.

¡Vuestra aflicción nos humilla!

Señora, ¿dónde está el brío
de la mujer de Padilla?

DOÑA MARÍA

Orgullosa del arranque filial, alzándose terrible y recta como una amenaza.

¡Mi don Juan, tienes razón!
Desde hoy, vengarle será
la única fuerza que hará
latir nuestro corazón!

Volviéndose al escudero.

Cuenta Sosa.

SOSA

¡Qué decir,
sino que a traición, vendido,
al ver nuestra gente huir
en Villalar, cayó herido
de su corcel en el lodo
de un profundo cenagal,
luchando él solo con todo
el ejército imperial!
Allí su espada rindió;
y al verle ya sin espada,
Juan de Ulloa le cruzó
la faz de una cuchillada!

DOÑA MARÍA

Cubriéndose el rostro con las manos.

¡Ah!... ¡Cobarde!

DON JUAN

Llameantes de furor los ojos.

¡Madre mía,
déjame al campo marchar,
que al de Ulloa haré pagar
bien cara su felonía!

DOÑA MARÍA

De nuevo volviéndose a Sosa.

¿Y allí acabó?... .

SOSA

¡A Dios pluguiera
que allí su vida acabara,
porque a lo menos, siquiera
la muerte no le afrentara!

DOÑA MARÍA

¿Más afrentas?

SOSA

Prisionero
a la villa fué llevado;
y sin haberle juzgado
como cumple a un caballero,

a los imperiales plugo
su cabeza hacer rodar,
bajo el hacha del verdugo,
en el mismo Villalar!

DOÑA MARÍA

Después de una pausa, haciendo un esfuerzo inaudito para recuperar su entereza.

¡Ay, castellanos, llorad,
que el hacha que lo ha inmolado,
también ha decapitado
nuestra antigua libertad!

Con un enérgico ademán contiene el clamor de las turbas e indica a Sosa que prosiga.

SOSA

Hasta la enemiga suerte
a sus pies cayó rendida,
¡que si heroica fué su vida
más heroica fué su muerte!
La envidia calló su encono;
como quien fué sucumbió,
¡y hasta el cadalso subió
como si escalase un trono!
Al llegar su última hora
me dió este pliego...

Saca del pecho un pergamino sellado, lo besa y se lo entrega a doña María.

¡Mirad.
y en él hallaréis, señora,
su postrera voluntad!

DOÑA MARÍA

Tomando el pliego y leyéndolo con voz profundamente conmovida, pero firme, en medio del silencio y la expectación de todos.

«¡Por bienaventurado me tuviera,
bendiciendo lo amargo de mi suerte,
si el corazón, señora, no sintiera
mucho más vuestra pena que mi muerte!
¡Aunque de muchos ha de ser plañida,
esta muerte de tal modo me ha honrado,
que bendigo al Señor que así me ha dado,
brindándome tal muerte, tanta vida!
Yo quisiera tener más tiempo para
escribiros palabras de consuelo;
mas aunque me lo dieran, lo rehusara,
que ya la palma del martirio anhelo.
¡Llorad vuestra desdicha, y no mi muerte,
porque es mi muerte, esposa, tan honrada
que en una eterna vida se convierte
y no debe por nadie ser llorada!
Mi alma, pues nada más tengo que daros,
la dejo en vuestras manos... ¡Vos, señora,
haced con ella cuanto os plazca, ahora,
que si mucho os amó más ha de amaros!
No puedo proseguir... A vuestro asombro
¡qué de cosas tan íntimas dijera!...
Mas, ya el verdugo, con el hacha al hombro,

en el dintel de la prisión espera...
Aquí hago punto, porque el vulgo osado
no piense, en su voraz maledicencia,
que he alargado esta carta demasiado
para alargar con ella mi existencia!
¡Adiós, señora, adiós!... En otra orilla
nuestro amor hallará nuevo remanso...
¡Y aquí quedo, esperando la cuchilla
de vuestra soledad y mi descanso!

Una conmoción profunda agita a todos. Algunas pupilas se llenan de lágrimas. Las damas sollozan.

VILLENA

Adelantándose hacia doña María, sinceramente afectado por su dolor.

Yo también, doña María,
lloro vuestro duelo ahora,
que no en balde sois, señora,
sangre de la sangre mía.
Para evitar nuevos males
y amenguar vuestro sufrir,
doblegáos y rendir
Toledo a los imperiales.

DOÑA MARÍA

Alzándose sobre todos, como enloquecida de dolor y de ira.

¿Qué dice?... ¿Oís, toledanos,
sin afrentaros, tal mengua,

y con vuestras propias manos
no le arrancásteis la lengua
como ejemplo miserable
de ignominia y de baldón,
para el labio que nos hable
siquiera de rendición?
¿Habrá algún alma en Castilla
que ose de paces hablar,
y no muera por vengar
la memoria de Padilla?
Él bajo el hacha cayó
por defender nuestra ley...
¡Guerra juremos al Rey
que en verdugo se trocó!

Dirigiéndose hacia el Cristo de la hornacina, y colocando las manos sobre la frente de su hijo.

¡Yo, colocando las manos
en la frente de su hijo,
con el pensamiento fijo
en su sombra, toledanos:
¡por la Santa Cruz erguida
en el solitario altar,
aun a costa de mi vida,
su muerte juro vengar!

Dirigiéndose a los comuneros.

¿Juráis vosotros?

VOCES

¡Juramos!

Todos juran sobre sus espadas.

SOSA

¡Venganza para Padilla!

DOÑA MARÍA

Volviéndose a los imperiales.

¡Ved la respuesta que os damos,
carceleros de Castilla!
¡Tornad al campo a decir
a vuestro Gobernador
que nunca se ha de rendir
Toledo al Emperador!
Y dad gracias a la suerte,
que para vengar su muerte
y volveros mal por mal,
desgarrados, a pedazos,
no os arrojo, a bombardazos,
al campamento imperial.

Los comuneros intentan atacar a los imperiales, pero doña María de Pacheco se interpone, deteniéndoles con un soberbio ademán.

SOSA

Toledo, regia matrona,
¿qué vas a hacer sin Padilla?

LOPE

¡Murió el León de Castilla!

DOÑA MARÍA

¡Pero aún queda su leona,
que afilando en su aflicción
la garra dura y cruel
sabrá morir como él
o vengar a su león!

VILLENA

Disponiéndose a salir, a doña María.

¡De nuestros lazos reniego!

LUDOVICO

A doña María.

¡Jamás esperéis favor!

Doña María les señala a los imperiales la puerta. Estos van desfilando.

DOÑA MARÍA

¡Guerra, guerra a sangre y fuego!

SOSA

A los comuneros, señalándoles el grupo que forman doña María y su hijo.

¡Respetemos su dolor!

Todos se inclinan y van saliendo por la explanada del fondo. Entretanto doña María permanece serena apoyada en el hombro de su hijo. La tarde empieza a palidecer en las sombras del crepúsculo. La luz de las lámparas se hace más intensa.

ESCENA ÚLTIMA

DOÑA MARÍA DE PACHECO y DON JUAN DE PADILLA

DON JUAN

Al verse solo, alzando fieramente la cabeza y extendiendo el brazo.

¡Venganza, padre!

Viendo la actitud dolorosa de su madre, que al verse sola no puede refrenar su emoción.

¡Señora!
¡Quién lo había de pensar!

Estalla en sollozos.

DOÑA MARÍA

Estrechándole contra su seno en un llanto convulsivo.

¡Sí, hijo mío!... ¡Ahora llora,
que ya podemos llorar!

Los dos, sollozando, caen de rodillas al pie del Cristo. Se abrazan estrechamente, ahogados en sollozos, mientras desciende poco a poco el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Es de noche. La escena estará iluminada por las lámparas de la hornacina y algunas antorchas enclavadas en los muros.

ESCENA PRIMERA

SOSA, EL ARCEDIANO, EL BALLESTERO y SOLDADOS

Al alzarse el telón Sosa conversa con los soldados bajo el arco del fondo.

SOSA

Asegurad el portillo
y vigilad las almenas,
no vayan los imperiales,
amparados por las nieblas,
a conseguir por la astucia
lo que no logran por fuerza.

Salen los soldados por la explanada de las almenas. Sosa se vuelve al centro de la escena.

ARCEDIANO

¡Duro es el cerco!

SOSA

¡Y tan duro,
que si Dios no lo remedia
hará a Toledo famosa
si ya famosa no fuera!
Ha seis meses que sus muros
expugnan, baten y asedian
las huestes más numerosas
que acampar el Tajo viera
entre los huertos frondosos
de sus fértiles riberas!

BALLESTERO

¿Y no nos vendrán socorros?

SOSA

¡Sólo de la Providencia,
que desde que, traicionados
de Villalar en las ciénagas,
al pie de los imperiales,
cayeron nuestras banderas,
las ciudades de Castilla,

ya por grado, ya por fuerza,
una a una, fueron todas
rindiendo sus fortalezas!..
Tan sólo, altiva, Toledo
a los imperiales reta...
¡y será libre Castilla
mientras Toledo no muera!

ARCEDIANO

Lentamente, con profunda intención, como para escudriñar los pensamientos de Sosa.

Mas ya su valor decae,
que la plebe anda revuelta
porque la peste y el hambre
hacen más estrago en ella,
que cañones y bombardas
en sus cimientos de piedra.

SOSA

La plebe no tiene culpa,
sino los que la aconsejan,
los que, cual Judas, la venden
y en oro su sangre truecan.
Mas ¡ay! si doña María
de esas intrigas se entera,
ha de hacer tal escarmiento
que asombro del mundo sea!

ARCEDIANO

Mirando fijamente a Sosa

¡Ella causa estos disturbios,
porque a Toledo avergüenza
que una mujer la gobierne,
cual si en su seno no hubiera
claros varones capaces
de regirla en esta empresa!
¡Para los hombres, la espada,
para la mujer, la rueca!..

SOSA

Amenazante.

¿Qué osáis decir?

ARCEDIANO

Cambiando de tono y en son de disculpa.

¡Lo que dicen
a veces en las plazuelas!..
Repito lo que murmuran,
que yo he dado tales pruebas
de lealtad a tu señora,
que eluden toda sospecha.
Y, ¡por mi patrón Santiago
que mi lealtad no me pesa,

porque en Castilla no hay hombre
que en valor y en entereza,
en tan graves circunstancias
pueda competir con ella!

SOSA

Con entusiasmo.

¡Donde el peligro es más grande,
donde es más dura la brega,
allí su pecho indefenso
a las espadas presenta,
piadosa como una santa
y altiva como una reina!
¡Toda el alma de Castilla,
brava, indómita y soberbia,
parece que en los arcanos
de su corazón encierra!
¡Para sustentar la plebe
y proseguir estas guerras,
malbarató sus tesoros,
las vajillas de su mesa,
las sortijas de sus dedos,
y los collares de perlas,
de diamantes y topacios
que sobre sus senos eran
como aljófar de rocío
brillando entre rosas frescas!

Resuenan las ánimas. Todos se santiguan.

ARCEDIANO

Mas, escucha... ya las ánimas
en la Catedral resuenan.
¡Ve y avisa a tu señora
que tengo que hablar con ella!

SOSA

Tendréis que aguardar un poco,
porque rezando en la iglesia
de Santo Tomé se halla,
con sus pajes y sus dueñas.

Se inclina, besa la mano al Arcediano y sale por la primera puerta de la izquierda.

ESCENA II

EL ARCEDIANO y EL BALLESTERO

ARCEDIANO

Acercándose cautelosamente al Ballestero, después de haber escudriñado con la vista la estancia.

¿A Don Pedro de Guzmán
hiciste saber mi encargo?

BALLESTERO

A media voz señalando la segunda puerta de la izquierda.

Y está, señor, vuestro aviso
en esa estancia esperando.

ARCEDIANO

¿Cómo sigue de su herida?

BALLESTERO

Gracias a tantos cuidados
como en servirle y honrarle
la Pacheco ha prodigado,
tan bueno está, que hoy a Sosa,
con tener tan firme el brazo
y esgrimir con gran maestría,
de un golpe le ha desarmado.

ARCEDIANO

Pues avísale, Rodrigo.
Y en tanto que con él hablo,
vigila, no nos sorprendan;
que es tan importante el caso,
que una indiscreción podría
conducirnos al cadalso.

BALLESTERO

¡Mandad a vuestro albedrío,
que en mí tenéis un esclavo!

ARCEDIANO

No te pesará servirme.
Si de estas revueltas salgo
Arzobispo de Toledo,
como me ofreció Don Carlos,
ya premiaré tus servicios
y te haré subir tan alto,
que ha de ser el Ballestero
envidia de los hidalgos!

El Ballestero entra en la segunda puerta de la izquierda y al momento aparece en el dintel don Pedro Pérez de Guzmán. El caballero avanza lentamente, y mientras el Arcediano se inclina para saludarle, el Ballestero sale y se va a ocupar su puesto en las almenas.

ESCENA III

DON PEDRO PÉREZ DE GUZMÁN, EL ARCEDIANO, BALLESTERO

ARCEDIANO

Saludando.

¡Don Pedro, al cielo bendigo,

porque la ocasión me ha dado
de admirar y conocer
al caballero, dechado
de lealtad, cuyo renombre
la fama va pregonando
para que eterno perdure
en el bronce y en el mármol!

DON PEDRO

Inclinándose cortesmente.

¿Qué tenéis que platicarme
cuando con tanto recato
me llamáis?

ARCEDIANO

Tengo, Don Pedro,
que entregar a vuestras manos
este pliego que os envía
el Cardenal Adriano.

Saca un pliego del seno y se lo entrega.

Leedle, y después de leerle,
como es natural, rasgadlo.

DON PEDRO

Después de leer el pliego a la luz de la lámpara de la hornacina.

Aquí el Cardenal me ordena

que en servicio de Don Carlos,
nuestro Rey, que el cielo guarde,
acate vuestros mandatos.

Rasga el pliego y después se vuelve y contempla fijamente al Arcediano.

¿Quién sois, cuando así me obligan
a serviros y acataros,
siendo tan noble mi sangre
y mi linaje tan alto,
que mis mayores tuvieron
reyes moros por vasallos?

ARCEDIANO

Humildemente.

Señor, de la Santa Iglesia
Catedral, soy Arcediano,
y aunque entre rebeldes vivo
y por comunero paso,
no puedo olvidar que al Rey
mi juramento he prestado;
¡que olvidar sus juramentos
no es digno de un buen cristiano!
A los imperiales sirvo
y por su causa trabajo,
promoviendo entre la plebe
algaradas y rebatos,
y sembrando la discordia
entre jefes y soldados.
¿Que le falta pan al pueblo?

Pues el motivo es bien claro...
Por medio de mis secuaces
correr las voces yo hago
que es culpa de la Pacheco,
que a bajo precio ha comprado
todo el trigo de Castilla
para venderlo más caro.
¿Que alguno muere de peste?
¡Pues es un castigo santo
que a Toledo Dios envía
por haberse rebelado
contra su señor, y andar
con los franceses en tratos
para entregarles el reino
que a los infieles ganamos!..
Y así, todo se revuelve...
Y espero que si su amparo
como hasta aquí, no me niega
nuestro buen patrón Santiago,
muy en breve, entre repiques
de campanas, y entre aplausos,
en nuestra sagrada Sede
veréis entrar bajo palio,
por la puerta del Perdón
al Cardenal Adriano.

DON PEDRO

¿Pero no teméis que antes,
de vuestro juego enterados,
os hagan los comuneros,

reverencia, más pedazos
que padrenuestros habéis
en este mundo rezado?

ARCEDIANO

¡Antes de poner, Don Pedro,
en entredicho mis actos,
dudarán de Juan Padilla,
con haber Padilla dado
en pro de los comuneros
la cabeza en el cadalso,
que yo sé tirar la piedra
y esconder después la mano!

DON PEDRO

¡Vive Dios, que sois terrible!

ARCEDIANO

A veces, señor, debajo
de la piel de un corderillo
hay un león disfrazado.

DON PEDRO

Mas ¿en qué puedo serviros?
Decid, señor Arcediano.

ARCEDIANO

A entregar estoy dispuesto
la ciudad. Mas para el caso
necesito del concurso
de un capitán esforzado
que al frente nuestro se ponga.
¡Y en vos, don Pedro, he pensado!

DON PEDRO

Mas, ved que estoy prisionero...

ARCEDIANO

Riendo maliciosamente.

¿Vos prisionero? ¡Ni el pájaro
está más libre en el aire
que vos en este palacio!

DON PEDRO

¡Es cierto... Mas mi palabra
me tiene más obligado,
que a todo buen caballero
si estima su honor en algo,
le pesan más sus palabras
que los grillos más pesados!

ARCEDIANO

Mas, suponed que estáis libre...

DON PEDRO

¿Qué voy a hacer?

ARCEDIANO

Yo me encargo
de que se alborote el pueblo,
y cuando esté alborotado,
del Emperador en nombre,
de Toledo apoderaos,
encerrando a la Pacheco
presa en su propio palacio.

DON PEDRO

Sin poder reprimir su indignación.

¡Callad, callad tal vileza!
¿Mi honor descendió tan bajo
que a ser me autoriza dueño
de quien debo ser esclavo?
¡En defensa de mi Rey
ya con mi sangre he regado
las áureas playas de Nápoles
y los campos castellanos,
y España entera conoce

la pujanza de mi brazo!
¡Mas, cometer tal infamia
no puede quien ha heredado
la lealtad de los Guzmanes,
y ostenta sobre su manto
como una herida gloriosa
la roja cruz de Santiago!

ARCEDIANO

Insinuante.

Nuevas riquezas y honores
el Rey pudiera brindaros.

DON PEDRO

Con altivez.

¡Todo el oro de la tierra
no vale lo que yo valgo;
ni en el mundo honor existe
ni tan grande ni tan alto
como el que me da el escudo
que, aquí, sobre el pecho traigo!

ARCEDIANO

Dejando caer con intención las palabras.

¡Bien se conoce que andáis
de la dama enamorado!

DON PEDRO

Herido en lo más hondo y vivo de su alma.

¿Qué decís?

ARCEDIANO

Retrocediendo rastreramente ante la actitud violenta de don Pedro, y queriendo dar a sus palabras un tono ambiguo de chanza y de ironía.

¡Murmuraciones
y cuentos del populacho!..
¡Yo nunca les presté crédito,
porque nunca he sospechado
que al par se pudiera ser
carcelero y apresado!

DON PEDRO

Haciendo un esfuerzo terrible para refrenar la ira que le enciende.

¡Vive Dios, que si no fuera
por respeto de esos hábitos,
castigara la osadía
de vuestra lengua, mi mano!
¡Y dadle gracias al cielo,
que no es poco lo que hago,
al olvidar lo que he oído
sin haberos castigado!

Le vuelve despectivamente la espalda, y sale por la segunda puerta de la izquierda. El Arcediano le sigue con la vista, inmóvil en el centro de la escena, sin atreverse a dar un paso.

ESCENA IV

EL ARCEDIANO, solo

ARCEDIANO

Después de desaparecer don Pedro.

¡Mal tino!... En su corazón
mi ballesta no hizo blanco!

Sonriendo ferozmente.

¡Mas sé el punto vulnerable
donde dirigir mis dardos,
y ¡vive Dios! que he de verlo
rodar a mis pies sangrando!

Se queda de pronto inmóvil, con el entrecejo arrugado, como si madurase un plan. Después alza triunfalmente la cabeza, y una siniestra alegría centellea en él.

No ha sido inútil la escena,
porque mi plan he trazado,
y no hay nada que destruya
los planes que yo me trazo.
¡De esta vez, doña María,
vuestro honor cayó en mis manos,
y de ellas no ha de salir
sino deshecho a pedazos,
para que a Castilla entera

sirva de mofa y escarnio!
¡Qué pronto sobre la plata
de estos mis cabellos blancos,
que con su oro y sus gemas
encanecieron soñando,
de la mitra arzobispal
habrá de lucir el fasto!

Mirando hacia la primera puerta de la izquierda.

Mas aquí llega la dama.
¡Ocultad, buen Arcediano,
bajo plumas de paloma
vuestras garras de milano!

Vuelve a adquirir su expresión beatífica, mientras por la primera puerta de la izquierda aparecen doña María y don Juan de Padilla, precedidos de dos pajes con antorchas y acompañados de Sosa, Lope, damas, pajes y escuderos.

ESCENA V

DOÑA MARÍA DE PACHECO, EL ARCEDIANO, DON JUAN DE PADILLA, SOSA, LOPE, DAMAS, PAJES Y ESCUDEROS

ARCEDIANO

Inclinándose humildemente ante doña María.

¡Que el cielo guarde, señora,
y alargue vuestra existencia!

DOÑA MARÍA

¿A qué debo, en esta hora,
que honréis con vuestra presencia,
Arcediano, mi mansión?

ARCEDIANO

Hablaros, señora, quiero...

DOÑA MARÍA

Hablad, pues... Pero primero
¡dadme vuestra bendición!

El Arcediano la bendice; después, a una invitación de doña María, se sienta en el primer término de la derecha. Las damas lo hacen sobre los arcones del fondo. Sosa, los pajes y los escuderos permanecen de pie bajo el arco que da a las almenas, mientras don Juan conversa en voz baja con Lope en el ángulo de la izquierda.

ARCEDIANO

¡Es serio y grave el asunto!

DOÑA MARÍA

¡Vuestra actitud me sorprende!
¿Tan grave es?

ARCEDIANO

Hasta el punto
que de él Toledo depende.

DOÑA MARÍA

Con ansiedad.

Mas, ¿qué es ello?

ARCEDIANO

En puridad,
que el pueblo se va cansando
de luchar, y anda pensando
en entregar la ciudad.

DOÑA MARÍA

En un ímpetu irrefrenable de ira, clavando sus ojos en los del Arcediano.

¡Y habrá quien a tal se atreva!..
¡Y quien a decirlo acuda
a quien por Toledo lleva
estas tocas de viuda!

ARCEDIANO

Queriendo tranquilizarla.

Estudiad la situación
con calma, y si así lo hacéis,
señora, comprenderéis
que el pueblo tiene razón,

pues en seis meses de asedios,
de dura y tenaz batalla,
agotó todos los medios
y hambriento y pobre se halla.

DOÑA MARÍA

¡Tan veleidosa ha de ser
la plebe, que habrá ¡Dios mío!
de olvidar hoy lo que ayer
defendió con tanto brío,
para rendir la ciudad
a las plantas del tirano,
bajo cuya férrea mano
murió nuestra libertad!..
¡No es posible!... Yo no puedo
dar crédito a lo que oí,
que antes de rendir Toledo
tendrán que rendirme a mí!

ARCEDIANO

Su propia miseria abona
del pueblo las veleidades,
porque el hambre no razona
de fueros ni libertades.

DOÑA MARÍA

En un arranque de indomable fiereza.

¿Y vos osaréis también
defender su cobardía?

ARCEDIANO

Con humildad.

Perdonad, doña María,
si no me he explicado bien.
Mi franqueza no os irrite.
No hablo yo... Mi voz ha sido
el eco fiel que repite
lo que a los demás ha oído.
Yo soy vuestro amigo viejo,
y siempre, señora, ha estado
en las juntas del Concejo
mi lealtad a vuestro lado.
Y hoy esa misma lealtad,
de cuya virtud dudáis,
aquí me impulsa a que oigáis
por mis labios la verdad.
Hay que mirar cara a cara
lo crítico de la hora,
y encontrar recursos, para
que no se rinda, señora,
Toledo a los imperiales.

DOÑA MARÍA

En su defensa he gastado
hacienda, renta y caudales;
y en sus manos he dejado
mis derechos de alcabalas.
¡Y ahora, mi hijo y yo, nos vemos
sin más joyas ni más galas
que las que puestas tenemos!

ARCEDIANO

En cambio, más de un señor
hay, cuyo lujo se atreve
a insultar con su esplendor
las miserias de la plebe.

Pequeña pausa. Doña María permanece un instante pensativa, con la cabeza entre las manos.

Todo lo tengo pensado,
y hay medios...

DOÑA MARÍA

Para calmar
la agitación popular,
¿qué medios habéis hallado?

ARCEDIANO

Hay uno, según yo creo.

DOÑA MARÍA

Alzando de nuevo la cabeza con profunda ansiedad.

¿Cuál es?

ARCEDIANO

Sin dar importancia a lo que dice.

Pues dar rienda suelta
a la popular revuelta
para que acabe en saqueo.

DOÑA MARÍA

Alzándose fieramente.

¿Qué os atrevéis a decir?
¡En cobardes bandoleros
así queréis convertir
a mis bravos comuneros!
¿Vos, un siervo del Señor,
tal me aconsejáis ahora?

ARCEDIANO

Tranquilamente.

Entre dos males, señora,
se elige siempre el menor.
Con calma vos meditad
en el problema, que es éste:
de una parte la ciudad
invadida por la peste
y por el hambre acosada.
De otra parte esos señores
que indecisos o traidores,
ni nos sirven, ni dan nada.
Yo en tal problema no veo,
ni encuentro más solución
que rendirnos o el saqueo...
¡A vos dejo la elección!

DOÑA MARÍA

Después de honda lucha interior.

¡Grave asunto!

ARCEDIANO

¡Sí lo es!
Y por ello os aconsejo
que lo penséis, y después
resolváis en el Concejo.

Con voz insinuante.

Aceptad mi solución,
y con ella a un tiempo dad
un ejemplo a la ciudad
y al pueblo satisfacción.

Inclinándose cortesmente.

Dadme a besar vuestra mano.
Me voy...

DOÑA MARÍA

Con el cielo id.

Volviéndose a los suyos.

¡Honrad a nuestro Arcediano!

ARCEDIANO

¡Mi bendición recibid!

La bendice y sale precedido de pajes con antorchas, y seguido de Sosa, Lope, damas y escuderos. don Juan y doña María le acompañan hasta la puerta.

ESCENA VI

DOÑA MARÍA DE PACHECO y DON JUAN DE PADILLA

DOÑA MARÍA

Reparando en la actitud fiera y sombría de su hijo y acercándose a él.

¿Qué honda desesperación
devora tu corazón?
¿Y al aullido de qué hiena
se ha encrespado tu melena,
cachorrico de león?
¿Qué angustia dura y fatal
cortó tu vuelo triunfal,
aguilucho castellano,
más libre y más soberano
que el aguilucho imperial?
¿Quién mueve a tu dicha guerra?
¿En qué piensas, hijo mío?

DON JUAN

Con acento duro y la faz sombría.

¡En que es inútil el brío
que en mi corazón se encierra;
y en que nadie, en esta tierra
que su orgullo me prestó,
más desdichado nació,

cuando aún existen, madre,
los verdugos de mi padre
viviendo en el mundo yo!
¡Cuando su memoria evoco
y su triste fin recuerdo,
la rabia me vuelve loco,
y de coraje me muerdo
puños que valen tan poco
que, incapaces de elevar
en el combate la lanza,
aún no tuvieron pujanza
para aturdir y espantar
al mundo con su venganza!

DOÑA MARÍA

Atrayéndole.

¡Esperanza de Castilla,
entre mis brazos humilla
la altivez de tu quebranto!
¡Ven, y verás cómo brilla
mi sonrisa entre mi llanto!
Pensando en lo que en ti fío,
y en aquel amor sagrado
que tan pronto, por ser mío,
cubierto en sangre ha finado,
a la par lloro y sonrío!
Acércate más a mí,
y da a mis labios la miel
de tus besos, porque si
mis llantos son para él,
mi sonrisa es para ti.

Estrechándole contra su corazón.

¡Si en sus brazos aprisiona
esta frente altiva y fiera
que la juventud corona,
se convierte la leona
en una blanca cordera!

Acariciando su frente.

¡Tus bucles acariciando
poco a poco, su fiereza
va en ternura transformando,
que siempre rugiendo empieza
para terminar llorando!

Estalla en llanto.

DON JUAN

Desprendiéndose de los brazos maternos.

¡No lloréis más, por favor,
porque el llanto de dolor
que por vuestra faz desciende
en vez de apagar, enciende,
aviva más mi furor!
En vez de tanto gemir,
dadme un escudo, una lanza,
algo con que pueda herir,
y dejadme al campo ir
a realizar mi venganza;
que si no logro vengar
la sangre de vuestro esposo
seré indigno de llevar
el apellido glorioso
del héroe de Villalar!

DOÑA MARÍA

Estremecida de espanto.

¿Qué dices, hijo, qué dices?
¡Dejarme sola, don Juan,
como un árbol sin raíces,
en medio del huracán!...
En la lucha fratricida,
¿cómo consentir podré
que expongas también tu vida?
¡Castilla está bien servida!
¡Le di mi esposo!... ¡Que pida
mi sangre, y se la daré!...
¡Todo por ella perdí!...
Sólo perderte no quiero.
¡Tú no!... ¿Qué me importa a mí
que se pierda el reino entero
con tal de tenerte a ti?

Reparando de pronto en el Cristo de la hornacina.

Aquí, a tu padre, guardar
juré tu vida...

DON JUAN

Con intrépida fiereza.

¡Y el hijo
al pie de este mismo altar
y ante el mismo Crucifijo,
su muerte juró vengar!

DOÑA MARÍA

¡Aquí una madre, de pie,
ante el pueblo que la oyó,
guardar tu vida juró!

DON JUAN

¡Ante el mismo pueblo, yo
vengar mi padre juré!

DOÑA MARÍA

En un arranque de desesperación, estallando en sollozos, y echándole los brazos al cuello.

¡Pues da mi pena al olvido;
ve y ármate caballero,
y espoleando tu overo,
cumple lo que has prometido;
mas ¡ay! con el mismo acero
con que vengues, denodado,
las afrentas de tu padre,
antes habrás traspasado
el corazón de tu madre!

Quedan un instante abrazados al pie de la hornacina. Por la puerta de la izquierda, del primer término, aparecen Sosa y Lope, que se detienen en el umbral de la puerta, profundamente emocionados.

ESCENA VII

DICHOS, SOSA y LOPE

SOSA

Contemplándolos desde el dintel, y deteniendo a Lope.

¡Si mi señor desde el cielo
los pudiese contemplar,
las lágrimas de sus ojos
iban a formar un mar!

Al rumor de los pasos, don Juan se desprende de los brazos maternos.

DOÑA MARÍA

Volviéndose, sorprendida, y haciendo un terrible esfuerzo para serenarse.

¿Quién es?

SOSA

Soy yo, mi señora.

Inclinándose.

DOÑA MARÍA

Con la voz aún conmovida, queriendo alejarle de su lado.

Ve a mi cámara, que allá,
del estado de Toledo
tenemos largo que hablar.

Volviéndose a su hijo.

Adiós, mi hijo, y olvida
tus penas, porque ya habrá
tiempo para tu venganza
y para todo lugar.
Recógete pronto al lecho,
que es hora de reposar.

DON JUAN

Inclinándose.

Vuestra bendición, mi madre.

DOÑA MARÍA

¡Que Dios te ampare, don Juan!

Sale con Sosa por la segunda puerta de la izquierda.

ESCENA VIII

DON JUAN DE PADILLA y LOPE

DON JUAN

Misteriosamente, después de haber acompañado a su madre hasta la puerta y observando un momento desde el umbral.

Buen Lope, ¿ensillaste el potro?

LOPE

Señor, ensillado está,
relinchando de impaciencia
al pie de ese ventanal.

DON JUAN

¿Y las armas?

LOPE

En el patio,
bruñidas y prontas ya.

DON JUAN

Mas los guardias del portillo...

LOPE

¡Por ellos tranquilo estad,
que conozco el santo y seña
y nos dejarán pasar!
Mas si sabe vuestra madre
la andanza...

DON JUAN

¡La ignorará
hasta que vuelva triunfante

su altiva frente a besar!
¡Desde que supe que andaba
Juan de Ulloa, en el real
de las huestes imperiales,
mi corazón no halla paz,
que la venganza y el odio
no le dejan reposar!
En vano busco en la noche
un lecho y un cabezal,
pues apenas llega el sueño
mis párpados a besar,
cuando la paterna sombra
surge de la oscuridad
y murmura en mis oídos
con voz que me hace temblar:
«—¡Aquel que al sueño se rinde
sin sus agravios vengar,
no es digno de tener sangre
del héroe de Villalar!
¿No ves esta cuchillada
roja, que cruza, don Juan,
como rúbrica infamante,
de parte a parte mi faz?
¡La mano de Juan de Ulloa
abriómela, cuando ya
derribado del caballo
en medio de un cenagal,
destrozado el yelmo y rota
la lanza de alancear,
mi espada y mi guante había
rendido al bando imperial!»—
Y yo a la sombra paterna,
para que repose en paz,

la mano que le ultrajara
he jurado cercenar...
¡Y lo que el labio ha jurado
mi brazo lo cumplirá!

LOPE

Mas ved que vos sois un niño,
y el de Ulloa es hombre tal,
que goza en Castilla fama
de esforzado capitán.

DON JUAN

¡Cuanto más fuerte el contrario
mayor el triunfo será!

LOPE

¡Moriréis en la contienda!...

DON JUAN

¡Manchado mi honor está,
y si no logro la mancha
que lo deslustra borrar,
mi propia existencia, Lope,
será una ignominia más!...
Descuélgame aquesa espada...

Señalando a una que hay en la panoplia que adorna como un ex-voto la hornacina.

LOPE

Descolgándola.

¡Tanto pesa, que será
un milagro que la puedan
vuestras manos sustentar!

DON JUAN

Empuñando el acero

¡Toledanos, a los gritos
de ¡Santiago y Libertad!
el hijo de Juan Padilla
a su padre va a vengar!

Mirando a la puerta por donde salió su madre.

¡Descansa en tu lecho, madre,
que mañana al despertar,
la mano que te ha ultrajado
verás a tus pies sangrar!

Arrodillándose ante el Cristo.

¡Señor, bendice este brazo
que animoso va a vengar
a la sangre de Castilla
derramada en Villalar!

Sale rápidamente por el foro, seguido de Lope. La escena queda un instante sola.

ESCENA IX

DOÑA MARÍA DE PACHECO y DON PEDRO PÉREZ DE GUZMÁN

Que aparecen conversando por la última puerta de la izquierda.

DOÑA MARÍA

Con solicitud.

¿Os causa daño vuestra herida?

DON PEDRO

¿Cómo sentir, señora, el daño,
si la ha vendado vuestra toca
y la han curado vuestras manos?

Pequeña pausa.

DOÑA MARÍA

Queriendo romper aquel silencio angustioso.

¡Gallardamente combatísteis!

DON PEDRO

¿Y cómo no lidiar gallardo

el que desprecia la existencia
porque la muerte va buscando?

Un nuevo silencio vuelve a pesar sobre sus corazones.

DOÑA MARÍA

Como recordando.

Cuando en la Alhambra, entre las flores,
de regios cármenes jugábamos,
¡ay! ¡quién pensara que algún día
os viera entrar ensangrentado,
como rendido prisionero,
por el umbral de mi palacio!

DON PEDRO

Vivamente, con acento doloroso

¿Cuándo dejó de ser mi vida
esclava vuestra, si al miraros,
en las mazmorras de esos ojos
quedó mi espíritu apresado?

Pequeña pausa de evocación y de quietud.

DOÑA MARÍA

¿Os acordáis? ¡Un medio día
jugando solos en el Patio
que llaman de los Arrayanes,

queriendo yo espantar un pájaro
que desgranaba sus canciones
entre las flores de un naranjo,
con una piedra, sin quererlo,
herí de pronto vuestros labios!...
¡Después, desde estos almenares,
sin que pudiera sospecharlo,
con el astil de una saeta
bañé de sangre vuestro manto!...

DON PEDRO

¡Sin querer, todas mis heridas
las abren siempre vuestras manos!

DOÑA MARÍA

¡Mas recordad también que ellas
las que os abrieron os cerraron!...

DON PEDRO

Con todo el fuego de su pasión desesperada.

¡Pero hay, señora, acaso alguna
que en mi interior está sangrando,
y esa cerrarla no han podido
vuestras piedades ni los años!
¡La misma Muerte no la cura,
pues como sangra en lo más santo
del alma y es el alma eterna,
poder no tiene para tanto!

DOÑA MARÍA

Severamente.

¡Herida es esa, caballero,
para la cual no existen bálsamos!
¡Rogad a Dios que os los conceda,
porque Dios sólo puede dároslos!

DON PEDRO

Después de un corto silencio, bajando tristemente la cabeza, con la voz rota de emoción.

¿Para qué hablásteis de Granada
y de las horas que pasamos
juntos, soñando en los jardines
de aquel Alcázar encantado?
¿Por qué evocar al que de pronto
ciego, señora, se ha quedado
la luz y el sol que en otros tiempos
a sus pupilas deslumbraron?

Acercándose más a ella.

¿Os acordáis, doña María?
Hace ya más de veinte años,
y aún me parece que la escena
están mis ojos contemplando...
Tras larga ausencia, en la que anduvo
con las banderas de Gonzalo

de Córdoba, por las feraces
tierras de Italia, guerreando,
lleno de gloria regresaba
sobre su potro jerezano
al paraíso de Granada
un caballero enamorado...
¡Con qué placer sus ojos vieron,
entre el incendio del ocaso,
brillar las torres de la Alhambra
sobre los cármenes del Darro!
—¡Tras las moriscas celosías
de un ajimez de oro y de mármol,
me esperarán aquellos ojos
que mis tinieblas alumbraron!...
—dijo el doncel... Y de impaciencia
y de ternura palpitando,
hundió los férreos acicates
en los ijares del caballo,
que estremecido hasta las crines
veloz, sorbiéndose el espacio,
tendido entró por Puerta Elvira
lanzando chispas bajo el casco.
La gente al verle se decía:
—¡Ved qué jinete tan bizarro!—
Y él, orgulloso, murmuraba,
la crin del potro acariciando:
—¡Vuela corcel, que allá me esperan
rotos en miel aquellos labios
que por la cruz de aquesta espada
amor eterno me juraron!—
Casi en la cuesta de Gomeles
sintió el estruendo limpio y claro
de las campanas de la Alhambra,

que estaban todas repicando.
—¿Por qué repican con tal brío?—
dijo, su potro refrenando...
Y alguien repuso:—¿No conoce
las novedades el hidalgo?
¡La hija del Conde de Tendilla
esta mañana se ha casado
con el más noble caballero
que en sus cristales miró el Tajo!—
¡Quiso estallarle la armadura;
quedóse mudo, inmóvil, pálido,
y por la noche de su alma
cruzó la sombra del espanto!...
¡Y de Granada para siempre
salió, sintiendo entre sus labios
arder el fuego del infierno
en el acíbar de su llanto!...

Bajando la voz y mirando fijamente a doña María.

¿Conocéis vos, doña María,
a ese galán enamorado?

DOÑA MARÍA

Después de una breve pausa, alzando serenamente la frente y con la voz firme, aunque un poco emocionada.

¡Aunque le conociera,
y con el alma entera
sintiese su dolor, lo callaría,

que si basta la nube más ligera
para empañar el sol del medio día,
un recuerdo inocente,
la más leve sonrisa, una mirada
pueden también nublar eternamente
el límpido cristal de un alma honrada!

DON PEDRO

Protestando caballerescamente.

¡Mi señora!...

DOÑA MARÍA

¡Olvidemos
aquel sueño, Guzmán, que hemos soñado;
y en nuestros corazones sepultemos
para siempre, el recuerdo del pasado!
¡Recobrad vuestro temple valeroso,
y trocad ese afecto que os humilla
por un amor más grande y generoso:
el amor infinito de Castilla!
¡De esa austera e indómita matrona
que prodigando al oro sus desdenes,
ha forjado con hierro su corona
para que dure más sobre sus sienes!
Ayer fué fuerte, ubérrima y altiva
como su propia tierra... ¡Y vedla ahora
cual destronada emperatriz cautiva
que entre sus hierros su grandeza llora!...

¡Contemplad destruídas sus ciudades,
afrentado su honor, rotos sus fueros,
y holladas sus antiguas libertades
por la planta de impuros extranjeros,
que sedientos de honores y tesoros,
tiñendo en nuestra sangre su cuchilla,
se entraron por las puertas de Castilla
cual si fueran, Guzmán, tierra de moros!
De la opulenta y pródiga Medina
del Campo, los escombros humeantes;
de Burgos los suplicios infamantes;
de tantos pueblos la sangrienta ruina;
la gleba estéril, y el taller deshecho...
Y tantas insolencias y desmanes,
¿cómo no han despertado en vuestro pecho
el antiguo valor de los Guzmanes?

DON PEDRO

Enardecido por las palabras de doña María.

¡Qué mal me conocéis, doña María!
Si yo tuviese ahora
alguien por quien luchar, ¿creéis, señora,
que en contra de mi patria lucharía?
¡Castellano nací, y amo la tierra
que regaron con sangre mis abuelos
y de mis muertos la ceniza encierra;
pero al campo enemigo, en esta guerra
me arrastraron las ansias de mis celos!
Hubo un hombre en la tierra, a quien odiaba

con tan ciego furor, con sed tan loca,
que para el frenesí que me abrasaba
era la sangre de sus venas poca...
¡Él con los comuneros militaba;
y yo, para poder con más vehemencia
saciar mis ciegos odios infernales,
desoyendo la voz de la conciencia,
me alisté en las banderas imperiales!

DOÑA MARÍA

Con gesto desesperado.

¡No pronunciad su nombre!... ¡Os lo suplica
mi corazón!

DON PEDRO

El odio se ha apagado...
¡Cuanto toca la Muerte, santifica,
y hoy es su nombre para mí sagrado!
¡Vos fuísteis la culpable!... ¡Mas ahora
que el odio se extinguió, brindaros quiero
para seguir luchando, el fuerte acero
que humilde rindo a vuestros pies, señora!

Rinde cortesmente la espada mientras estalla un clamor confuso bajo las almenas. Los dos vuelven bajo el arco a observar. La luz de la luna platea la noche.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, SOSA, LOPE, DAMAS, PAJES y SOLDADOS

DOÑA MARÍA

¡Escuchad!

DON PEDRO

Observando desde las almenas.

En confusa gritería
la soldadesca enfurecida corre
hasta los altos muros de esta torre.

VOCES

Fuera.

¡Al arma!... ¡Al arma!

Aparece Lope en la explanada seguido de Sosa y soldados.

DON PEDRO

¡Ved!

LOPE

Gritando desde las almenas.

¡Doña María!

Penetra en la estancia. Doña María corre a su encuentro. La soldadesca se agolpa bajo el arco mientras las damas aparecen pálidas y asustadas en los umbrales de las puertas de la izquierda.

¡Perdonadme, señora!

DOÑA MARÍA

Di, ¿qué tienes
que jadeante y demudado vienes?

LOPE

Con la voz ahogada por los sollozos, estrechando las manos de doña María.

¡Perdonad el dolor con que os aflijo!
Yo intenté a sus proyectos rebelarme...
Mas él fué terco y consiguió arrastrarme.

DOÑA MARÍA

Con profunda ansiedad.

Mas, ¿quién, di, te arrastró?

LOPE

¿Quién? ¡Vuestro hijo!

DOÑA MARÍA

¿Mi don Juan?

LOPE

Animoso y altanero
a vengar a su padre y vuestro esposo
al campo fué, mas al cruzar el foso,
cayó en una emboscada prisionero!

Doña María lanza un grito y se cubre el rostro con las manos.

¡Luchó como un león!... ¡Si hubiérais visto
saltar al bravo empuje de su lanza,
yelmo, cotas y escudos, ¡vive Cristo!
que os hubiese espantado su pujanza!

DOÑA MARÍA

Como si le desgarrasen las últimas fibras de las entrañas, tendiendo los brazos al cielo.

¡Madre de Dios, divina nazarena,
sólo el agudo diente de esta pena

faltaba entre la angustia de mis males,
y entre tantos dolores ulcerados,
para también, cual Vos, llevar clavados
sobre mi corazón, siete puñales!

De súbito se yergue, como poseída de un vértigo destructor, dirigiéndose a los soldados, que se agolpan bajo el arco del fondo.

¡Dad à la noche un resplandor de aceros
y volad a salvarle, comuneros
que sois defensa y gloria de Castilla!

Sollozando de súbito, como si su corazón fuese a estallar.

¡Atended los sollozos de una madre!
¿O dejaréis que el hijo de Padilla
caiga también como cayó su padre?

Su garganta se ha hinchado y todo su cuerpo se estremece de angustia. La súplica se hace lágrimas en sus ojos.

¡Es mi hijo!... ¡Por darle un solo beso,
por escuchar su acento nuevamente...
por alisar los rizos de su frente
y abrazarle otra vez... Por todo eso,
pedid cuanto queráis!... Mil arcas llenas
de oro, riquezas y poder sin cuento,
y la última sangre de mis venas
y el último suspiro de mi aliento!

DON PEDRO

Avanzando resueltamente, después de haber arrebatado de las manos del porta-enseñas el pendón de los Comuneros.

¡Señora, a vuestros pies está mi suerte!
Y vengo, altivo, a reclamar la gloria
de llevar esta enseña a la victoria,
o, entre sus pliegues, encontrar la muerte!

Extendiendo el brazo hacia el altar.

¡Por el glorioso escudo de mi banda,
por la fe de ese santo Crucifijo,
os juro libertar a vuestro hijo
o perder la existencia en la demanda!
Y si en la lucha ensangrentada muero,
moriré siempre fiel a este oriflama,
como debe morir un caballero:
¡por mi Dios, por mi Patria y por mi dama!

Se inclina ante doña María, y desaparece con los soldados por la explanada, mientras la Pacheco se abraza, para no desplomarse, a la columna del arco del fondo, cercada de sus dueñas y damas.

TELÓN

ACTO TERCERO

La antigua plaza de la Catedral de Toledo. Al fondo, la famosa Puerta del Perdón. Al abrirse las hojas principales de esta puerta se verá parte de la nave central del Templo. A la izquierda, los soportales del Concejo, separados por una estrecha calleja de los fuertes muros de la Torre de la Catedral. A la derecha, en el primer término, los soportales de una hostería, y en el último, la desembocadura de una calle. En todo perdura ese aire grave y austero de las viejas plazas castellanas. Empieza a amanecer.

ESCENA PRIMERA

SOSA, RAMIRO, LOPE, SOLDADO 1.º y SOLDADOS

Conversando y bebiendo en la puerta de la hostería.

SOSA

A Ramiro.

¡Dinos un nuevo romance!

RAMIRO

¡Venga vino, y escuchad
el del hijo de Padilla!

Dándole de beber.

LOPE

¡Viva Padilla!

Los soldados gritan.

RAMIRO

Imponiendo silencio.

¡Callad,
y con atención oidme
porque voy a comenzar!

Los soldados forman un corro en torno de Ramiro. Este, después de apurar la bota que le entregó el soldado primero, templa un viejo laud y a sus sones empieza a recitar.

¡El hijo de Juan Padilla
dentro de la Catedral,
por los Santos Evangelios
juró a su padre vengar!
¡Y armado de punta en blanco,
cabalgando en su alazán,
de Toledo se ha salido,
camino de Villalar!

Detrás de una celosía,
al contemplarle pasar,
una doncella le dice,
bañada en llanto la faz:
—¿Dónde vas, Juan de Padilla,
tan bizarro y tan galán,
si apenas pueden tus manos
la férrea lanza empuñar?—

Y Padilla le responde:
—¡Mi padre voy a vengar,
porque de valor me sobra
lo que me falta de edad!—

—¡Vuélvete, Juan de Padilla,
al regazo maternal,
que son tantos los contrarios,
que la muerte te han de dar!—

—¡Si en mi corazón la muerte
su lanza logra astillar,
sabré morir como ha muerto
el héroe de Villalar!—

Así Padilla responde;
y su voz tiembla al hablar,
que la rabia que le ahoga
no le deja respirar!

Y espoleando su potro
y dando suelta al rendal,
entre una nube de polvo
perdióse en un olivar...

¡Y los ojos de su madre
no le han vuelto a contemplar,
que herido por seis lanzadas,
a los pies de su alazán,
para pasto de los cuervos
quedó en el campo imperial!

Momento de silenciosa emoción. Ramiro deja el laud en manos de un soldado.

LOPE

¡Pobre madre! ¡De su pena
los cielos tengan piedad!

SOSA

¡Con las tocas desgarradas,
deshecha en llanto la faz,
como la Virgen María
en el Jueves Santo, va
preguntando por su hijo
de puerta en puerta; y es tal
la amargura de su acento
y la angustia de su afán,
que ningún labio se atreve
a decirle la verdad!

RAMIRO

¿Y no lográsteis, buen Sosa,
el cadáver rescatar?

SOSA

¡En vano al campo salimos
con Don Pedro de Guzmán,
el más noble caballero
y más bravo capitán
que los campos de Castilla
han sentido cabalgar;
y en vano, rotos los cercos
del campamento imperial,
nuestros brazos se cansaron
de herir y de acuchillar,
que sin él, tintos en sangre,
tuvimos que regresar,
para aplacar los tumultos
que devoran la ciudad!

LOPE

¡Pues yo pienso que la plebe
razón tuvo, al saquear
los palacios de esos nobles
que derrochan su caudal
en licenciosos festines,
mientras el pueblo, sin pan,
va sembrando de cadáveres
las calles de la ciudad!...
¡La misma doña María
la razón al pueblo da!

RAMIRO

¡Pues dar la razón al pueblo

es lo mismo que entregar
Toledo a los imperiales,
que los nobles no querrán
ayudarla, y sin su ayuda,
Toledo se rendirá!

LOPE

Ya no hay nobles... De Castilla,
la nobleza, ¿dónde está,
cuando así deja que muera
nuestra antigua libertad?

RAMIRO

Dime, y el pueblo, ¿qué ha hecho
por defenderla? ¡Robar
a mansalva, en las ciudades,
y en las batallas tirar
las armas, para huir delante
del ejército imperial!

LOPE

¿Quién al par que al pueblo, osa
estas canas ultrajar?

RAMIRO

¡Quien lleva al cinto esta espada!

LOPE

¡Pues desnúdala, y verás
cómo esa espada en tus manos
su acero trueca en cristal!

Tiran de las espadas. Al ir a acometerse se interpone Sosa.

SOSA

Con energía.

¿Acaso los enemigos
alzaron el cerco ya,
cuando vuestra propia sangre
así queréis derramar?
¡Presto, al cinto los aceros!

LOPE

Tornando la espada al cinto.

¡Hágase tu voluntad,
ya que de doña María
ostentas la autoridad,
y desacatarte fuera
su poder desacatar!

Todos lo imitan.

SOSA

¡Comuneros, para siempre
las rencillas olvidad,

y por esas esculturas
que adornan la Catedral,

Señalando las que ornan la fachada del templo.

jurad sólo por Castilla
vuestra sangre derramar!

Todos extienden las espadas y juran.

LOPE

¡Todos contigo juramos!

SOSA

¡Lope, vete a vigilar
con tus gentes a Toledo,
que aun cuando tranquilo está,
pueden volver las revueltas;
pues la plebe es como el mar,
y basta el soplo del viento
para volverla a encrespar!

Lope, seguido de los soldados, desaparece por la calle de la izquierda, mientras que por los soportales del Concejo aparece el Arcediano.

ESCENA II

ARCEDIANO, SOSA y RAMIRO

SOSA

Inclinándose.

¡Salud, señor Arcediano!

ARCEDIANO

¡Buen Sosa, el cielo os proteja!
¿Y tu señora?

SOSA

Rezando
con sus damas en la Iglesia.

ARCEDIANO

Sonriendo.

¡Bien resultó la jugada!

SOSA

A mí, Arcediano, me pesa,
que prestar alas y alientos

a la popular licencia,
es cual si a un barril de pólvora
se le aplicase una mecha.
¡Mirad lo que ha sucedido!
¡Aún los escombros humean
de tanta rica morada,
de tanta noble vivienda,
como después del saqueo
la plebe tiró por tierra,
a leales y a traidores
tratando de igual manera,
que los ojos no distinguen
cuando la rabia los ciega!

ARCEDIANO

¡Fué justicia de la plebe!...

SOSA

Mas la plebe siempre trueca
en puñales las espadas
y las antorchas en teas,
que en el robo y el pillaje
sus instintos se despiertan,
y ¡ay de quien despierte, osado,
los instintos de la fiera!
¡Hoy, después de tanta ruina,
Toledo está más revuelta;
porque nobles y villanos
las armas con furia aprestan,
para vengar sus ultrajes
y castigar sus afrentas!

ARCEDIANO

¡Si el consejo salió malo,
la intención ha sido buena!
Mas el remedio de ahora,
que Dios me lo tome en cuenta,
si no da la paz al pueblo
afianzando la nobleza!

SOSA

Mas temo...

ARCEDIANO

¡Vanos escrúpulos
que asaltan vuestra conciencia!
¿De qué le sirven, buen Sosa,
al Cabildo sus riquezas?
Cristo nació en un pesebre
y practicó la pobreza...
¡Su vida es espejo donde
debe mirarse su Iglesia!

SOSA

Mas si el Cabildo a entregarnos
esos tesoros se niega...

ARCEDIANO

¡Si no los dieran de grado,
los tomaremos por fuerza!

SOSA

Mas, ¿será doña María
capaz de hacer tal ofensa
a la religión?

ARCEDIANO

¡Buen Sosa,
poned freno a vuestra lengua!
Yo mismo le he aconsejado
tomar esa providencia.
¿Y cómo, siendo quien soy,
y sabiendo quién es ella,
tal acción le aconsejara
si justa no la creyera?
¡Si hay delito en mi consejo,
en mí recaiga la pena!

SOSA

¡Perdón, señor Arcediano!
Y si vos me dais licencia
voy a congregar mi tropa,
porque la hora se acerca

del Concejo, y es prudente
prevenirse por si hubiera
algún disturbio.

ARCEDIANO

¡Que el cielo
os saque en bien de esta empresa!

Sosa se va por la izquierda. Ramiro se aproxima al Arcediano.

ESCENA III

EL ARCEDIANO, RAMIRO

ARCEDIANO

¿Qué tal cumpliste mi encargo?

RAMIRO

Por calles y por plazuelas
no se habla de otra cosa,
y la plebe anda revuelta,
porque los buenos cristianos
sufrir no pueden tal mengua.

ARCEDIANO

¿Tus hombres?...

RAMIRO

Estad tranquilo,
que cuando el caso suceda
a la voz de ¡viva el Rey!
correrán a abrir las puertas
a las huestes imperiales
que prevenidas se encuentran,
mientras yo con los más fieles,
de Sosa y Lope las fuerzas
rendimos o acuchillamos;
y así ¡la Pacheco queda
entregada a nuestro arbitrio
sin amparo y sin defensa!

ARCEDIANO

¿Y don Pedro de Guzmán?

RAMIRO

Desde antes que amaneciera
emboscados, varios hombres,
por esas calles le acechan,
y será la primer víctima
de la popular revuelta.

ARCEDIANO

Sin poder refrenar su alegría.

¡Ramiro, mitrado soy,
si salgo bien de esta empresa,

que si rendimos Toledo
verás como el Rey me premia
con la mitra más gloriosa
que existe sobre la tierra;
pues ser mitrado en Toledo
en Castilla tanto pesa,
como en Roma ser Pontífice
con ser Padre de la Iglesia!

RAMIRO

¿Mas si nuestro plan fracasa?

ARCEDIANO

¡Habrá que tener paciencia,
y seguiré de Arcediano
en tanto que Dios lo quiera!

Resuena la campana del Concejo, algunos nobles señores van apareciendo por la calle de la izquierda.

Mas, silencio. Del Concejo
ya la campana resuena,
y a la sesión de la junta
algunos señores llegan.
Voy a darles la noticia.
¡Tú ve a dar el santo y seña
para que empiece el rebato,
que aquí, vigilante, queda
mi ambición, prontas las garras

y con las fauces abiertas,
que ya de vivir cansóse
bajo su piel de cordera!

Sale Ramiro por la callejuela, mientras el Arcediano se aproxima al grupo de caballeros.

ESCENA IV

ARCEDIANO, DON SANCHO, DON GARCÍA
Y GRUPO DE SEÑORES

DON SANCHO

Inclinándose.

¡Que os bendiga el señor, noble Arcediano,
honra y prez de la Iglesia toledana!

ARCEDIANO

¡Que os proteja su gracia soberana,
orgullo y gloria del solar hispano!

Todos le rodean con respeto.

¿Dónde tan de mañana vais, señores?

CABALLERO 1.º

Al Concejo primero, y luego a misa.

CABALLERO 2.º

¿Sabéis vos para qué se nos precisa
en la junta?

ARCEDIANO

Con misterio, contemplándoles fijamente para conocer la impresión que causan sus palabras.

¡No sé... Vagos rumores
llegaron hasta mí, mas son tan graves
que creerlos no puedo. Se decía...

Bajando la voz. Todos le cercan.

Que intentaba arrancar doña María
al Cabildo las llaves
de los férreos arcones seculares
con arabescos de marfil y oro,
donde encierra la Iglesia su tesoro,
para aplacar las iras populares!

DON SANCHO

¡Callad, noble Arcediano! ¿Quién se atreve
tal sacrilegio a proponer? ¿No ha hartado
su codicia la plebe
con tantas casas como ha saqueado?

ARCEDIANO

Dejando caer las palabras con falsa humildad.

Mi labio nada cierto os asegura...
¡Sólo es un eco que repite, quedo,
lo que en voz firme y alta se murmura
por las calles y plazas de Toledo!

DON SANCHO

¡Mas aunque cierto fuera,
su empeño será vano,
que sacrilegio tal no consintiera
el pueblo toledano,
que antes que comunero es buen cristiano,
y a su sagrada religión venera!

ARCEDIANO

¡Primero que entregar esos caudales,
a la codicia de doña María,
yo mismo, a los ejércitos reales
las llaves de Toledo entregaría!

DON GARCÍA

Mas tiene la Pacheco valimiento
en el Concejo...

ARCEDIANO

¡No tened cuidado!
Todos sabéis que he sido su sustento,
y en los peligros, peligré a su lado,
creyendo que ella era
el amparo más firme de Castilla...
Mas defender a esa mujer, hoy fuera
ultrajar la memoria de Padilla.

DON GARCÍA

¿Qué decís?...

DON SANCHO

¿Serán ciertos los rumores
que hace correr la plebe alborotada?
¿A un amor criminal ha dado entrada
en su pecho? Decid...

ARCEDIANO

¡Nobles señores,
yo, como nada sé, no digo nada!

DON SANCHO

Se habla de que Guzmán...

ARCEDIANO

¡Siervo de Cristo,
sólo sé oir y perdonar!...

Viendo aparecer a don Pedro de Guzmán bajo los soportales, y dirigiéndose al Concejo.

DON GARCÍA

¿Mas ella?...

ARCEDIANO

¡Quedad con Dios! ¡El hábito que visto
ciega mis ojos y mis labios sella!

Desaparece bajo los arcos.

ESCENA V

DON SANCHO, DON GARCÍA, SEÑORES, y luego
DON PEDRO PÉREZ DE GUZMÁN

DON GARCÍA

¡No es posible creer tal villanía!
¡Quién pudiera pensar que, bajo el manto

de su viudez, liviana ocultaría
tanta impudicia y desenfreno tanto!

CABALLERO

¡Aún caliente la sangre del marido,
y ya, dando al olvido
el respeto que debe a sus mayores,
ávido el labio y palpitante el pecho,
buscar anhela quien comparta el lecho
que tumba debió ser de sus amores!

DON PEDRO

Apareciendo de repente ante el grupo, después de haber oído el anterior diálogo.

¡Cobardes sois y vuestro labio miente!
¿A tal punto el honor ha descendido
en la tierra del Cid, que impunemente
ultrajar a una dama habéis oído,
sin que se alzara, al escuchar tal mengua
entre todos vosotros, una mano
para arrancar la envilecida lengua
que así deshonra el nombre castellano?

DON SANCHO

Echando mano a la espada.

Esas palabras...

DON PEDRO

Imponiéndose con su actitud al grupo, que va retrocediendo hasta los soportales.

¡Si aún os resta brío,
a todos juntos mi valor arroja
este guante, en señal de desafío!...
¡Quien tenga corazón, que lo recoja!

Se quita el guante y lo tira en medio del grupo.

¡Y en campo abierto o en lugar cerrado,
a pie, a caballo, con lanzón o acero,
solo como estoy yo, o acompañado,
dónde y cómo le plazca, allí le espero!
¡Venid a combatir uno por uno:
y si solo, ninguno
se atreve a abandonar este recinto,
venid todos, que a todos juntos reta
la mano que el acero al puño aprieta,
porque quiere escapársele del cinto
para afrentar y herir vuestro semblante!

Tira de la espada. Los nobles retroceden más, sin que ninguno se incline a recoger el guante. Doña María, que habrá salido de la iglesia, seguida de su dama y sus pajes durante la relación anterior, se aproxima lentamente al grupo.

¿Mas no lo recogéis? ¿Tembláis de miedo?
¿Una mano, decid, no hay en Toledo
que audaz se atreva a recoger mi guante?

ESCENA VI

DICHOS: DOÑA MARÍA, PAJES y DAMAS

DOÑA MARÍA

Avanzando majestuosamente en medio de la expectación general.

Queda una mano aún que lo recoja,
y os lo entregue en señal de cortesía,
de ira crispada y de vergüenza roja...
¡y esa mano, Guzmán, vedla: es la mía!

Se inclina, recoge el guante y con un gesto de sobria cortesía, se lo devuelve altivamente y se encara con los caballeros.

¡Nobles señores, mi Concejo os llama!
¡Acudid a la junta, y frente a frente
de Dios y de los hombres, nuevamente
proclamad la deshonra de esta dama
que en vosotros magnánima se escuda,
y por vosotros para siempre viste
este ropaje desolado y triste
y estas obscuras tocas de viuda!

Con la voz profundamente conmovida.

¡Yo fuí feliz! ¡Tuve un esposo amante,
de honor tan alto y condición tan brava,

que la voz de la Fama susurrante
el León de Castilla le llamaba!...
¡Y un hijo, varonil y generoso,
que por el temple de su alma fiera
digno cachorro de su padre era!
¡Y hoy me encuentro sin hijo y sin esposo;
de los hombres y Dios desamparada,
perdida de la vida en los desiertos,
en esta negra toca amortajada,
sin tener más consuelo que mis muertos!
Cubrió mi cuerpo la más fina seda,
fulguraban diamantes en mi toca...
¡y hoy me encuentro tan pobre, que no queda,
ni un pedazo de pan para mi boca!

Con altivez.

¡Todo en servicio vuestro he consumido!
¡Y ved, señores, si mi suerte es dura
que, por los que hoy me ultrajan, he perdido
mi dicha, mi riqueza y mi hermosura!
¡Id al Concejo, y decid delante
de Dios que me está oyendo, y de Castilla
que nos mira y nos juzga en este instante,
que habéis visto a la esposa de Padilla
entregada a los brazos de su amante!

Les vuelve despectivamente la espalda, mientras los caballeros con la frente baja, como avergonzados de su infamia, desaparecen bajo los arcos de los soportales. Los pajes y las damas les siguen a una señal de doña María.

ESCENA VII

DON PEDRO DE GUZMÁN y DOÑA MARÍA

DON PEDRO

Profundamente conmovido.

¡Un alma cual la vuestra, mi señora,
bien vale un reino entero!

DOÑA MARÍA

¡Vos ahora,
escuchadme!

DON PEDRO

¡Tranquilo me someto
a vuestras decisiones!

DOÑA MARÍA

Si arrogante
mi orgullo ha recogido vuestro guante,
es que también acepta vuestro reto.

DON PEDRO

¿Qué decís?

DOÑA MARÍA

Que probar también ansío
no el temple y el vigor de vuestro brazo,
sino del alma generosa el brío...
¡y a vuestra alma a combatir emplazo!

DON PEDRO

¡Pedid, señora, que probaros quiero
que si en servicio vuestro lo desnudo,
no habrá yelmo o broquel, peto ni escudo
que resista los golpes de mi acero!
¡Cuanto os plazca, pedid! ¡Mi vida entera!
¡Mas mi vida es bien poco, por ser mía,
para servir de rodrigón siquiera
a dama como vos, doña María!
¿Qué exigís de mi fe?

DOÑA MARÍA

¡Tan sólo os pido,
en nombre de mi honor inmaculado,
que me déis al olvido,
y que huyáis para siempre de mi lado!

DON PEDRO

¡Si tal acción, señora, cometiera,
por mi santo patrón, que indigno fuera
de mi nombre glorioso y de mi fama,

y aun de ceñir este triunfante acero,
que nunca fué, señora, caballero
quien en la lucha abandonó a su dama!
¡Vendida estáis!

DOÑA MARÍA

¡Lo sé, pero no quiero
que digan los que infames me han vendido,
que yo también, cobarde o fementida,
mi decoro y mi fe dando al olvido,
vendí mi honra por salvar mi vida!

Don Pedro inclina la cabeza. Doña María se le aproxima lentamente, con la voz velada por la emoción.

Oidme... Poseéis un generoso
corazón que es espejo de hidalguía,
y un nombre tan ilustre y tan glorioso
que el más noble Monarca envidiaría.
La princesa de estirpe más preclara
al pie de los altares, sin desdoro,
como aquel que su plata trueca en oro,
la sortija nupcial con vos trocara.
¡Altivas, orgullosas y altaneras,
sobre cien torreones almenados,
resplandecen al sol vuestras banderas,
que miraron los siglos asombrados
desplegar sus armiños triunfadores,
de la tierra, por todos los confines,
en medio de acerados resplandores
y entre un bélico estruendo de clarines!

Triunfaréis del dolor; sois libre y fuerte.
Y yo, cerrada para amar la boca,
sólo espero los besos de la muerte;
y en la existencia soy como una loca
que de la noche oscura en los desiertos
horribles gritos de amargura lanza,
escarbando en la tumba de sus muertos,
para aguzar en ella su venganza!
¡Si de veras, Guzmán, me habéis amado,
que el sacrificio vuestro amor corone!
Marchad, que entre nosotros se interpone
la sombra de un fantasma ensangrentado.
¡En su recuerdo fúnebre se abisma
mi corazón... Y su memoria amada
de todos, y aun de vos y aun de mí misma,
la sabré conservar inmaculada!

DON PEDRO

¿Dónde, señora, iré? ¡La vida entera
para esta eterna angustia silenciosa
que nada calma porque nada espera,
será mucho más triste que su fosa!
¿Dónde podré encontrar un lenitivo,
si en mi celosa adoración advierto
que él está vivo en vos, estando muerto,
y yo estoy muerto en vos, estando vivo?

Queda un momento con la cabeza entre las manos, como abatido por honda desesperación. Después se yergue de nuevo, en un arranque de amor infinito.

¡Mas, no, no puede ser! ¡No me ordenéis
que rompa para siempre estas cadenas
de rosas! ¡A mis ojos no neguéis
la luz! ¿Para qué quiero mis almenas?
¿De qué sirven al alma entristecida
mi corcel y mi espada triunfadora,
si por vos en las luchas de la vida
no he de triunfar ni he de morir, señora?

Con la voz suplicante.

¡Dejadme aquí! ¡Si el verme os causa agravios.
y mi voz es molesta a vuestro oído
os seguiré, sin despegar los labios,
sin miraros jamás, sin hacer ruido;
como un vago fantasma, cual la sombra
de un silencioso y enlutado paje
que sostiene el cairel de vuestro traje
sobre los terciopelos de la alfombra!

DOÑA MARÍA

Don Pedro, alzad. ¡Si acaso precisara
confiar el honor esta viuda.
a vos sólo, Guzmán, lo confiara!
Mas, aceptar no puedo vuestra ayuda,
porque en vez de ampararme, me infamara.
¡Seguid lejos de mí, vuestro sendero,
que es inútil, Guzmán, vuestra querella,
pues yo aferrada a mi altivez, prefiero
morir con honra que vivir sin ella!
¡Y así si acaso caigo en la jornada

por el encono o la traición herida,
será digna mi muerte de mi vida,
pues si honrada viví, moriré honrada!

DON PEDRO

Como quien da el último adiós a la esperanza, vencido por la actitud noble y severa de doña María.

¡Vuestra voz para siempre me destierra
del paraíso que soñó mi anhelo!
Lejos de vos, ¿quién me dará consuelo?

DOÑA MARÍA

¡Vuestra conciencia, aquí, sobre la tierra
y la bondad de Dios, allá, en el cielo!

DON PEDRO

Después de un momento de vacilación, como el que realiza el más grande sacrificio de la tierra.

¡Obedeceros el deber me ordena!
¡De vuestro lado partiré, señora,
a seguir arrastrando esta cadena
cuyo diente de hierro me devora
el corazón! En mi camino obscuro
jamás volveré a hallar vuestra mirada!

Sacando la espada.

¡Por la pureza de mi honor, lo juro
sobre la cruz triunfante de esta espada,
que inútil ya sin vos para la gloria,
y antes de profanarla en la pelea
por otra causa que por vos no sea,
la rompo a vuestras plantas, en memoria
de mi amor y mi eterna desventura!

La rompe, sollozando, por la empuñadura.

Era, fuera de vos, todo el tesoro
que me quedaba ya... ¡Ved! ¡Sobre el oro
de su rica y gloriosa empuñadura,
cayó la única lágrima, vertida
por estos ojos que, al perderos, pierden
todo el fuego y las luces de la vida!

Se la presenta como un don.

¡Para que vuestros ojos me recuerden,
guardadla ahora, que de vos me alejo
para siempre, pues lívido de espanto,
crucificada en esa cruz, os dejo
toda mi vida transformada en llanto!

DOÑA MARÍA

Guardando el puño de la espada, y haciendo esfuerzos inauditos para refrenar su emoción.

También en esta lucha habéis vencido,

y vuestro temple reconozco ahora...
¡Que alumbre vuestro paso a Dios le pido!

Le da a besar la mano. Después se dirige al Concejo.

¡Adiós, don Pedro! ¡Adiós!

DON PEDRO

Voz de un agonizante.

¡Adiós, señora!

Doña María desaparece por los soportales del Concejo.

ESCENA IX

EL ARCEDIANO, RAMIRO, DON SANCHO
Y TRES SOLDADOS

Al desaparecer don Pedro por la calleja de la derecha, salen cautelosamente de los soportales de la hostería Ramiro y los tres soldados.

RAMIRO

Señalando la dirección de don Pedro.

¡Seguid todos sus pasos con cautela,
y en esas calles, al menor descuido,

atacarle los tres, y darle muerte!
¡Mas cuidad, que el hidalgo tiene bríos!

Los tres hacen un signo afirmativo, y desaparecen por la calleja de la derecha, con la mano en la empuñadura de sus espadas. Ramiro se dirige hacia la izquierda; mas se detiene al ver salir del Concejo al Arcediano conversando con don Sancho.

ARCEDIANO

¡No puedo consentir tal sacrilegio!
De cuanto ocurre avisaré al Cabildo,
que antes que comunero, soy, don Sancho,
humilde siervo de la fe de Cristo,
y primero es mi alma... ¿Qué me importan
libertades, franquicias, señoríos
y tanto fuero humano, si mi alma
se pierde por los siglos de los siglos?

DON SANCHO

¡Tolerar no podemos tal escándalo!

ARCEDIANO

¡Gracias a Dios, estamos prevenidos,
y antes que nazca el sol, sobre esas torres
ha de flotar al viento, como un símbolo

de paz, sobre la gloria de los cielos,
el águila imperial de Carlos Quinto!

DON SANCHO

Estoy a vuestro lado, y para todo,
Arcediano, podéis contar conmigo.

ARCEDIANO

Pues que empiece el rebato. Vos, don Sancho,
juntad los vuestros, y al sonar el grito
de la revuelta, acudiréis, armados,
a defender los fueros del Cabildo,
¡que allá, en el cielo, Dios, y aquí don Carlos,
sabrán recompensar vuestros servicios!

DON SANCHO

¡Que nuestras armas triunfen en la lucha!

ARCEDIANO

¡Que Dios nos favorezca con su auxilio!

Don Sancho y Ramiro salen por la izquierda.

ESCENA X

EL ARCEDIANO, solo.

ARCEDIANO

¡Si tuviese valor!... Naturaleza,
¿por qué, madrastra infame, no le has dado
al alma brío, al brazo fortaleza
y al corazón un ánimo esforzado?
¡Entonces, a la clara luz del día,
blandiendo mi lanzón o mi tizona,
la mitra episcopal conquistaría
como un rey que conquista su corona!
¡Mas no puedo quejarme! ¡Has sido buena,
porque diste a mi alma, juntamente,
el furor cauteloso de la hiena
y la astucia sutil de la serpiente!
La cabeza me juego en la partida...
¡Ánimo, corazón, y ahuyenta el miedo,
que bien vale la mitra de Toledo
jugarse, a un golpe del azar, la vida!

Penetra en el templo.

ESCENA XI

DOÑA MARÍA DE PACHECO, SOSA, DAMAS, PAJES, CABALLERO 2.º, HOMBRES DE ARMAS y GENTE DEL PUEBLO

Resuena la campana del Concejo y aparece doña María, precedida de un porta-enseña con la bandera de las Comunidades y de dos heraldos con las armas de la ciudad. La siguen damas, pajes y algunos señores. Por las calles de la izquierda asoman grupos de gentes del pueblo.

DOÑA MARÍA

Deteniéndose a la puerta del templo.

¡Si hay culpa, mi Señor, en esta empresa,
sobre mi frente caiga tu castigo!

Indicando las grandes puertas del templo.

¡Abrid en par en par todas las puertas,
que si no es el Rey mismo,
es Castilla quien pisa los umbrales

de ese piadoso y místico recinto!

Se abren de par en par las puertas del Perdón, y por ellas penetra doña María seguida del porta-enseña, los heraldos, las damas, los pajes y algunos hombres de armas. El pueblo ha invadido la escena.

ESCENA XII

CABALLERO 1.°, IDEM 2.°, PUEBLO y SEÑORES

DON GARCÍA

¡Dios ha de castigar el sacrilegio!

NOBLE 2.°

¡Perdónanos, Dios mío!

PUEBLO

¡No queremos las joyas de la Iglesia!
¡No aceptamos los bienes del Cabildo!
¡Preferimos morir a ser ladrones!
¡Perdónanos, Dios mío!

ESCENA XIII

DICHOS: DOÑA MARÍA, EL ARCEDIANO, DAMAS, PAJES Y EL CABILDO

Resuena el lejano y pesado doble de las campanas de la Catedral, y tumultuosamente la gente va saliendo del templo. Aparece doña María, lívida, desencajada, con las joyas del Cabildo aún entre las manos, lanzada del templo por el Cabildo en pleno, con la cruz alzada.

ARCEDIANO

Con voz de trueno

¡En el nombre de Dios omnipotente,
por blasfema, sacrílega e impía,
te arrojamos del seno de la Iglesia
y eternamente vivirás maldita!
Excomulgada para siempre quedas,
y excomulgado quien tus pasos siga,
el agua que te den, el pan que comas,
el techo que te sirva de guarida...
¡Todo cuanto tocar puedan tus manos!
¡Todo cuanto contemplen tus pupilas!

DOÑA MARÍA

Retrocediendo desesperada

¡Piedad! ¡Piedad!... ¡Señor!

ARCEDIANO

¡Calla, blasfema,
que tus palabras al Señor irritan!

Todos se van alejando de doña María. Resuenan de pronto las campanas de la Iglesia de Toledo a arrebato.

DON GARCÍA

¡Arrojemos su cuerpo en una hoguera;
el fuego de sus llamas purifica!

PUEBLO

¡Castígala, Señor, que ella es culpable
de los males del pueblo! En una pica
llevemos su cabeza al campamento
de nuestro Rey don Carlos!... ¡El Rey viva!
¡Viva don Carlos, nuestro Rey! ¡Al fuego
la hechicera! ¡A la hoguera la maldita!

DOÑA MARÍA

Como loca, transfigurada de dolor, alzándose como una fiera. Algunos leales se aprestan a defenderla.

¡Es posible, Señor, que tanta infamia
sobre la tierra la bondad permita!

¿Es posible creer lo que estoy viendo?
¿No será una sangrienta pesadilla
de una débil razón atormentada,
que ya cansada de sufrir, delira?...

Dirigiéndose al Arcediano.

¿Es posible que tú, que tú, Arcediano,
me arrojes de ese templo, me maldigas,
por lo mismo que tú me aconsejaste?
¡Oh, dímelo, por Dios! ¡Di que es mentira;
que todo ha sido un sueño! ¡Que esas joyas
son sólo patrimonio de Castilla!
¡Que ese Dios, a quien sirves y veneras,
y en cuyo sacro altar, piadoso, oficias,
tuvo en más la humildad de su pobreza
que todas las riquezas de su vida,
y pudiendo ceñir áureas coronas,
sólo sus sienes coronó de espinas!

ARCEDIANO

¡Aparta de mi lado, excomulgada,
que profanan tus ojos cuanto miran!

DOÑA MARÍA

Volviéndose al pueblo.

¡Y vosotros, vosotros, comuneros,
por quien es hoy la viuda de Padilla,

por quien me encuentro enferma, sola y pobre,
sin patria, sin hogar y sin familia
y hasta sin Dios... ¡Sin Dios!... Decid que todo
ha sido una sangrienta pesadilla!

DON GARCÍA

¡Tú eres la causa de nuestros disturbios,
la loba hambrienta que arruinó a Castilla!

DOÑA MARÍA

¡Por mi esposo!

ARCEDIANO

¡No ultrajes su memoria,
ya que, dando al olvido su valía,
mancillaste su lecho, y en la sombra
a tus mismos amantes asesinas!

DOÑA MARÍA

Atónita.

¡Oh! ¿Qué dice ese monstruo?

ARCEDIANO

¡Hace un momento
don Pedro de Guzmán, que merecía

mejor suerte, cayó en esas calles
sangrando el corazón por tres heridas!

DOÑA MARÍA

En un arranque inaudito de desesperación, clavándole en el cuello el trozo de espada que le entregó don Pedro.

¡Basta, basta! ¡La lengua que me insulta,
la inmunda hiena, la traidora víbora,
no volverá a enroscarse a mi garganta,
no ha de volver a emponzoñar mi vida!

PUEBLO

Apartándose con horror al ver caer al Arcediano.

¡Sacrilegio!

VOCES

Fuera.

¡Toledo por don Carlos!

El pueblo corre por la calle de la izquierda, en busca del clamor que se acerca. Doña María permanece como anonadada al lado del cadáver del Arcediano. Sosa aparece por la calle de la izquierda, con la espada desnuda.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y SOSA

SOSA

¡Salváos, mi señora, estáis vendida!

DOÑA MARÍA

Como quien despierta de un sueño.

¡A mí los toledanos!... ¡A los muros!...

SOSA

¡Por el portillo huid, doña María!

VOCES

¡España por don Carlos!... ¡Viva España!

DOÑA MARÍA

Huye por la derecha, mientras desciende el telón.

¡A morir por los fueros de Castilla!

TELÓN

BIBLIOTECA HISPANIA

OBRAS PUBLICADAS

COLECCIÓN HISPANO-AMERICANA

Pesetas

Primera parte de la Historia del Perú, por Diego Fernández, el Palentino, tomos I y II, cada volumen en 4.º..... 7,50

Corona Mexicana.—Historia de los Motezumas, por el P. Diego Luis de Motezuma, en 4.º, 512 páginas..... 7,50

COLECCIÓN ROSA PARA LAS FAMILIAS

Genoveva, novela, por Alfonso de Lamartine, 378 páginas en 8.º..... 3,00

La Leyenda Dorada (Vidas de Santos), por Jacobo de Voragine, tomos I y II, cada volumen..... 3,00

SECCIÓN GENERAL

Lámparas votivas, poesías, por Francisco Villaespesa..... 3,00

Como buitres..., por Manuel Linares Rivas. 3,00

Pesetas

La fuerza del mal, por Manuel Linares Rivas 3,50
Obras completas, por Manuel Linares Rivas. Tomo I: *La Cizaña, Aire de fuera, Porque sí.* — Tomo II: *El Abolengo, María Victoria, Lo posible.* — Tomo III: *La estirpe de Júpiter, Cuando ellas quieren.... En cuarto creciente,* cada tomo 3,50
Tapices viejos, por Eduardo Marquina 3,50
Frente al mar, por José López Pinillos (Parmeno) 3,00
Coplas, por Luis de Tapia 2,50
Don José de Espronceda: su época, su vida y sus obras, por José Cascales Muñoz... 4,00
La Política de Capa y Espada, por Eugenio Sellés 5,00
La Negra, por Pedro de Répide 1,00
El horror de morir, por Antonio de Hoyos y Vinent 1,00
La Garra (segunda edición), por Manuel Linares Rivas 3,00
Barrio Latino, por Federico García Sanchíz. 3,00
La espuma del champagne, por Manuel Linares Rivas 3,50
La guerra palpitante 3,00
Una mancha de sangre, por Joaquín Belda. 1,50
El Monstruo, por Antonio de Hoyos y Vinent 3,00
La Cocina racional, por Magdalena S. Fuentes 3,00
Mi Venus, por Joaquín Dicenta 1,00
Fantasmas, por Manuel Linares Rivas 3,00
Fatal dilema, por Abel Botelho, tomo I..... 2,50
Años de miseria y de risa, por Eduardo Zamacois 3,50
Presentimiento, por Eduardo Zamacois..... 1,50
La Leona de Castilla, por Francisco Villaespesa 3,50

155877 LS.
V7127k
Author Villaespesa, Francisco
Title La Leona de Castilla, drama en tres actos,

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU